

LA NIÑA QUE PERDÍ EN EL CIRCO.

Raquel Saguier

La niña que perdí en el circo

Asunción, Paraguay

2003

RAQUEL SAGUIER

SERVILIBRO

Pabellón “Serafina Dávalos”

25 de Mayo y México – Plaza Uruguay

Telefax: (595-21) 444 770

E-mail: servilibro@highway.com.py

Asunción, Paraguay

Diagramación y Armado: Gilberto Riveros Arce

Edición al cuidado de la autora.

Asunción, Paraguay, Junio de 2003

Hecho el depósito que marca la Ley n° 1328/98

I.S.B.N. 99925 – 874 – 4 - X

LA LECTURA CONSIDERADA COMO UNA DE LAS BELLAS ARTES

Si la eternidad tiene alguna forma, debería ser la de la gratitud. Agradecer es reconocer la mano de los demás en la construcción de nuestra vida. Es un gesto gratuito y al mismo tiempo la raíz de todos nuestros valores.

Virgilio decía: “Mientras en el cielo haya estrellas debe durar la memoria del bien que hemos recibido”.

Si mi madre, Lucía Bastos, a quien estoy agradeciendo en esta página, no hubiese llevado una colección de libros a Iturbe, tal vez mi infancia hubiese sido distinta. Ese pequeño pero inmenso gesto de mi madre me presentó los mejores amigos que tuve a lo largo y a lo ancho de la vida: los libros. Lucía Bastos se llevó a Shakespeare, a los clásicos del Siglo de Oro, a Homero y a una constelación de poetas que me abrieron otro mundo más allá de las siestas incendiadas de Iturbe, reflejos de un espejismo que no termina de reverberar para dar forma a las cosas, como los personajes de aquellos libros inmortales. Con los libros recibí una herencia

inmemorial y allá en la distancia, rodeado de la naturaleza salvaje del paisaje, pude intuir la marcha de la historia, las grandezas y miserias del ser humano, las maravillas de otros mundos tan lejanos como el brillo de las estrellas de Virgilio.

Hago votos para que esta colección “Festilibro” de obras infantiles y juveniles sirva al mismo propósito: participar de mano en mano, como el fuego sagrado de las antorchas olímpicas, el entusiasmo de la lectura y el amor a los libros para poder decir, como decía Montesquieu: “Nunca tuve una tristeza tan amarga que una hora de lectura no haya conseguido apagar”.

A mi esposo, a mis hijos y a
todos los que me han ayudado
a ir hacia la niña, hacia lo
más hondo de mí misma,
ya que de algún modo soy ella.

SOBRE LAS PÁGINAS QUE SIGUEN

Quién sabe si alguna vez –la probabilidad es realmente remota– pueda convencernos la poesía que, puesta a recordar la infancia ya difunta del autor, ignora al niño aún oculto en cada uno de nosotros. Por suerte, las páginas que siguen no le ignoran y ellas son así un puente tendido también hacia la propia infancia del lector. En el camino propuesto por Raquel Saguier, abandonamos muy pronto a los adoradores del calendario, descubrimos que ellos sólo tienen razón a medias: los seres, las cosas y los paisajes de la infancia resisten muy bien eso que el hombre moderno llama madurez y los clásicos preferían llamar “la afrenta de los años”. Además, el lenguaje de este libro goza de una propiedad poco frecuente: la simbiosis. La escritura se desentiende aquí de todo lo que no fuese una rápida presentación de situaciones generales y conflictos acaso necesarios y ofrece, entonces y en sí misma, la pintura de un encuentro, el de la mujer adulta y la niña que de alguna manera dicha mujer adulta sigue siendo.

Si lo pensamos desde el punto de vista que acabo de mencionar, los episodios del libro corren el riesgo de volverse puramente incidentales. Se trataría, sin embargo, de un riesgo que bien puede correr un libro cuando su escritura está puesta al servicio de la magia de los recuerdos y no de los

recuerdos como tales. Así, los episodios de **La niña que perdí en el circo** parecen estar enlazados no tan sólo por los eslabones de la narración sino también por los de la naturaleza simbiótica del lenguaje empleado; pareciera que estas páginas estuviesen ligadas, más aún, soldadas por la llama de un conjuro.

El conjuro se resume en apenas unas líneas. Una mujer adulta convoca a la niña que ella fue, la niña aparece. Los conflictos de la mujer adulta, sus no-conflictos, en suma, las experiencias de su vida actual, ceden, retroceden ante la aparición de la gran negadora de los años, la infancia aún sentida y vivida en el último santuario posible, la poesía.

J.A. Rauskin

I

La niña y yo somos distintas. Ella permanece tal cual la dejé hace tiempo, obstinadamente niña, rubia, quieta y como fragmentada a veces. En cambio a mí se me han aburrado ligeramente los pasos de caminar, se me gastaron las suelas, pero aún estoy viva y al parecer, sigo entera.

Somos distintas la niña y yo y sin embargo, tan parecidas. Hay mucho de su forma de mirar en mis ojos y traje conmigo algunas de sus tristezas. Eran tristezas que le quedaban enormes de grande, que le colgaban como si fueran prestadas, por eso las traje.

Ahora sé que son tristezas tercas, en vano traté de cambiarlas por dicha más tarde; no me aceptaron la oferta. Prefirieron quedarse como estuvieron siempre, sin exigirme otra cosa que algún lugar donde encerrarse. Les di el último cuarto del fondo y de vez en cuando aprovechan la mínima rendija que les dejo abierta para salir, se me escapan en largas filas, y es entonces cuando me duele la lluvia, o el crepúsculo destruyendo a una tarde o el domingo en las calles del centro.

Por suerte tuve tiempo de traerme también su alegría, su espíritu travieso, su risa fácil, por cualquier tontería. Me hace un bien enorme escucharla reír a esa niña, me siento sana otra vez, me limpia.

Fue precisamente la niña quien me enseñó a reír con los ojos, sin que la boca participara del

juego y gracias a ella aprendí que pasando por las sucesivas etapas del ahogo, las toses y el asma, uno se puede llegar a morir de risa.

Traje muchas de sus travesuras en mis rodillas, y en mis piernas su torpeza con los árboles, y hasta se vino escondida entre rulitos, una horrible cicatriz de viruela. Cuando la descubrí en mi frente, era ya muy tarde para sacarla y allí me quedó y envejeció conmigo.

Conservo uno de sus juguetes, el que más quería. Aquella mutilada muñeca negra que rescaté del lejano basurero una tardecita, después de asegurarme que no había husmeando ningún espía. Le faltan dos o tres dedos, es cierto, y tiene la nariz pelada a causa de un tonto accidente de trenes, que eran dos sillas de mimbre siamesas por la espalda. A pesar de todo, yo la sigo viendo entera y eso me basta.

Mucho antes que Sor Margarita, ella fue mi primera maestra y yo apenas una alumna desatenta. Desde la falda del abuelo me enseñó a pelar el asado de tira como si fuera una banana y a soplar y soplar la sopa que a menudo llegaba hirviendo, y a revolver rincones ocultos para descubrir secretos. Y una cosa importante: que no existe mejor terapia contra los nervios, que el comerse las uñas cuando se plantea la crisis. Comprobé cuán cierto era, tan relajante como un baño de agua tibia.

En parte la niña fue cruel conmigo. Me obligó a traer en los oídos el reloj que golpeó su madurez prematura noche tras noche, en que la ausencia

del padre y el desvelado insomnio de la madre se medían con la repetición de las horas, y éstas tardaban casi tanto en pasar como tardaba la angustia y se estiraba la espera. Aún me dañan los relojes, se me clavan sus agujas...

Juntas fabricamos ilusiones y azúcar con el polvo del ladrillo. En la última primavera vivimos el primer amor del niño de boina verde, que veíamos pasar con ambas manos agarradas de los barrotos de hierro. Y enterramos a "Ñata", nuestra perra, en el lugar donde después creció una curiosa planta, que al anochecer soltaba un quejido rarísimo, muy similar a un ladrido.

La niña ya no está conmigo. Estoy separada de ella desde hace tiempo. Desde aquel verano en el circo en que un fuerte dolor de barriga me metió de cabeza en la adolescencia. Su compañía infantil me resultó de pronto tonta, intolerable, desabrida. No tuve más ganas de jugar con ella al descanso ni a la tiquichuela ni al un-dos-tres-miro. Acabó por irritarme todo cuanto hacía o decía.

Mis doce años llenos de expectativas nuevas la dejaron de lado, preocupados como estaban en pintarse los labios para inventar mejor los besos con los actores de moda o en hablar de cosas adultas, no aptas para menores.

Ella quizá percibió mi rechazo, por eso me dio la espalda y un buen día se fue sin decir palabra. Al poco tiempo yo salí de vacaciones y me olvidé de ella. Así la perdí.

Sólo ahora sé cuánto la extraño y lo mucho que hace falta. Siento necesidad de buscarla a veces, la niña regresa. Aunque se nota que le cuesta reconocermé, sencillamente porque ya no soy la misma de antes. Tengo, sin embargo, el lunar de siempre que me identifica, y mis carcajadas la orientan cuando el viento es favorable.

Ella vuelve, sí pero se queda afuera, me mira de lejos. Sé que la niña jamás podrá entrar en mi mundo ni la rozará mi cansancio. Nunca llegará a ser tan vieja como para eso, ni yo tan joven como para recuperarla del todo.

Cada noche, y hace de eso tantos años que no vale la pena contarlos, cada noche se repiten las tristezas. De dónde vienen, no lo sé; sospechoso que llegan de afuera. Yo distingo bien a esas tristezas, inclusive puedo verlas. Empiezan a brotar cargosas como los mosquitos, justo cuando es del todo la noche y se apaga la única luz de la pieza, y allí, en la cama angosta se acuesta, no esta mujer que soy ahora, sino aquella niña de entonces.

Una ventana se abría buscando el aire del patio, donde estaba el jazminero aquel, cayéndose de flores, y a ratos dejaba entrar una ancha franja de luna que pintaba la mitad del mosquitero. Por esa misma ventana se deslizaron tal vez las tristezas; así entraron. Avanzan despacio. Resbalan el zócalo aceitoso. Salteando los paisajes quietos de dos o tres cuadros trepan la

pared, formando calles y diminutos caminos. Suben hasta el cielo raso de tela dibujando barcos, mares, una playa que inútilmente intenté hacerla verdosa y probarla de risas. Quedó siempre fijada en el gris, y habitada de silencio siempre.

De eso modo, jugando con las tristezas, dándole mil formas distintas, acertada las horas, entretiene la espera que le ha desbordado los ojos a la niña. Todos decían lo mismo: ¡Qué enormes tiene los ojos esta chica!, como si estuviera viendo mucho más cosas que el resto, bromeaban. Ni el negro del padre, es curioso, ni el verde tan lindo de la madre, es una lástima. Últimamente se le han puesto de un extraño amarillo los ojos, madurados en la oscuridad de la espera. Nadie mejor que yo conoce el porqué de ese color tan raro. Esperar es el secreto, la oscuridad, el condimento mágico.

Debo esperar el ruido de la llave en la entrada, los pasos duros de papá golpeando el pasillo, deslizándose luego más suaves, a medida que sus remordimientos se acercan a mamá con ojos desvelados en la habitación contigua. Hasta que apenas los oigo. Terminan. Los pasos se apagan exactamente cuando se encienden los reproches, los gritos y los reclamos que se estiran largo rato.

Debe esperar que ocurra eso la niña, que las voces se vayan, que pase la tempestad y vuelva la calma, para aceptar su propio sueño. La pequeña muerte diaria que me libere de esta carga que mis espaldas soportan como un defecto congénito.

Con mi padre llega mi calma. Me dejo estar, me entrego rendida no de juegos, sino de acumulación de cansancio. Me acomodo por fin acurrucándome en la felicidad fugaz y espesa de la burbuja que había yo inventado para dormirme en ella, y dibujar en el suelo una rayuela a la que siempre le faltaba el cielo, y sobre todo, soñar, sí, soñar lo poco que ya me resta de noche, que de verdad soy una niña.

Escucho el angustiado respirar de mi madre, absurdamente joven ella, más joven que la niña, algunas veces, y comprendo a medias, -porque nada me es comprensible aún del todo y ni siquiera sospecho todavía que el hombre y la mujer usan la cama para algo más que compartir bonitos sueños- mis siete años comprenden a medias, que mi padre y esa mujerzuela, como repite mi madre hasta el cansancio, ambos tienen muchísimo que ver con sus desvelos y con mis penas.

No entiendo qué significa mujerzuela, pero algo sucio me huele debe ser, porque a “mujer” le cuelgan unas cuantas letras muy sospechosas. Me hago lío pensando. Llego a la conclusión de que es una mala palabra, como esas que tanto enojan a la abuela cuando se las escucha decir a mi hermano, y a la que no consigo ponerle rostro. Mezcla de madrastra de Blancanieves y perversa bruja de altísimo rodete, que para nada se parece a la tía, tampoco a la abuela, menos a las otras hermanas que tosen cerca o hablan dormidas, aferradas a su inocencia las pobres, ya que

juntando sus tres edades, apenas alcanzan a sumar diez años.

Yo soy la mayor. Estoy ahí, escuchándolas dormir y envidiando sus sueños. Casi me parece mentira que ellas puedan dormir en tanto yo espío la llegada detrás de un par de ojos que esperan despiertos, alertas, vigilando el reloj de la mesita, comiéndose la oscuridad. Por eso me crecen un poco cada noche y me han puesto así últimamente. Hasta guardo el secreto que por vergüenza nunca compartí con nadie: es de tanto comer noche que me agrandaron los ojos.

El sueño es algo inútil. Me acaricia, me sonrío de lejos. Hago esfuerzos por atraparlo sin conseguir llegar a él. Ahora mismo afuera, el sol ya está como queriendo escaparse de su encierro. Primero saca un rayo, después intenta otro, al rato, un tercero, y el pícaro sueño aún no me quiere venir. Huyó con mi padre y la desconocida y sólo cuando él regrese, me lo traerá de vuelta.

Era la mujer adulta quien no dormía, extrañamente reducida al tamaño de una niña, en la semipenumbra de aquellas noches apenas recortada por una luz de farol que viene de afuera. Que también después se apaga, cuando suenan las nueve y se escucha el puntual: “Buenas noches, la señora”, en la voz inconfundible de Rita. La fiel criada, la incansable Rita, la otra mitad querida de mi pedazo de madre. Un silencio sin apuro va desalojando los últimos: “Hasta mañana y la bendición”, somnolientos, que apenas se levantan de las camas. Se mete en cada rincón de la casa

como una gran cobija oscura que la tapa por completo. Hasta el perro cierra la boca y se acurruca donde siempre.

En el cuarto compartido sólo quedan el ronroneo del ventilador en el verano y la débil lucecita de la estufa en el invierno, la respiración de mis hermanas y el incesante trajinar de mis tristezas.

Durante el día se juntaban pequeñas cosas y era feliz, como aquella vez de la foto. En un marco de plata las cuatro hermanas se sonríen en escalera, contra un fondo de palmeras nudosas que florecían casi hasta tocar la tierra. La madre quedó fuera del marco, su morisqueta provocó nuestra risa, mientras papá decía: ¡listo!, y apretaba el gatillo de la cámara fotográfica.

Debimos quedarnos allá un poco más, en la inocencia de aquel paisaje tan quieto y repleto del sol que los ojos se aturdían con el brillo. Pero teníamos el compromiso ineludible de crecer, de protagonizar la propia historia. Tuvimos que seguir adelante.

¡Cuánta vida ha corrido desde entonces! Mi memoria se ha puesto flaca para las alegrías con los años. En cambio lo otro persiste, dura más. Acaso nunca se acabe. ¿O será que las alegrías se entristecen con el tiempo? Siempre hay un recuerdo pertinaz entre mis párpados que mi dicha de hoy, por intensa que sea, no llega a distraerlo por completo. Siempre existe un plazo establecido, una angustia que se presenta de repente, una hora marcada por el reloj de alguna

iglesia, que de pura casualidad está cerca de mi vida.

Especialmente cuando llueve, y coincide que estoy sola, porque mis hijos ya respiran por su lado, se me da por revivir aquellos recuerdos. Los miro desde mi rincón de mujer adulta con los mismos ojos de entonces, sólo que ahora, en los extremos, envejecen sin remedio, y en vez de crecer se van achicando. En parte por la edad, en parte porque se me terminó la espera.

Comprendo que la niñez de la pequeña se apagó súbitamente, no porque no supiera cuidarla. Alguien la empujó. Se me resbaló sin yo quererlo y cayó al suelo haciéndose añicos. De entre sus restos elegí el pedazo más grande y lo traje conmigo como un vestido viejo y bello que permanece intacto en el fondo de un baúl. A veces lo reviso y hasta me lo pongo encima. Fascinada me miro al espejo. –No te muevas– le digo a la niña que de pronto aparece con una sonrisa y su delantal a cuadros. Por favor, no te muevas. A pesar de todo lo que sufrimos juntas, quisiera tenerte en los ojos para el resto de mi vida.

II

Nunca me había sentido más cerca del cielo como durante aquellas vacaciones de verano. Quizá porque nuestra casa allí subía muy alto, como si la empujara el viento, trepando verdes y piedras hasta acurrucarse contra el cerro. Tan pegada a las primeras nubes, que parecía estar colgada de ellas.

Para el otro lado, siguiendo cuesta abajo, se caía el pequeño pueblo, que visto desde arriba era un subir y bajar de tejados mohosos dándole vueltas a una ancha plaza, entre manchones de verde y algunos rosados de lapachos y tanto canto rodado en las calles que se iban arrastrando a la par de uno, enredados a los pies del caminante.

Yo me aferraba a aquellos veranos como si durante toda la vida los hubiera estado esperando, porque su llegada marcaba el comienzo de una nueva vida para mí. Porque era su calor el que ahuyentaba mis tristezas. Yo podía oír cómo el sol las aplastaba, el ruido que hacía al marchitarlas. Podía sentir cómo una tras otra se me iban despegando las penas. O acaso era el viento del lago el que las corría, estrellándolas contra las Tres Piedras. Lo cierto es que un buen día ya no estaban. Se había ido calladitas la boca, así como habían venido.

Cuando el sol nos pegaba de lleno en las caras, tostándolas como si fueran hojas, y ponía

chispitas de luz sobre el aire, entonces las tristezas no podían aguantar tanta felicidad y se alejaban de prisa.

Tal vez volvieran a su nido de nuestra casa del centro, que se había quedado sola y a oscuras, metiéndose en los roperos o en los cajones sin ropa o debajo de alguna cama vacía. O incluso donde poníamos a secar la ropa cuando llovía, allí muy quietas, esperando nuestro regreso.

Sí, era aquel sol el que me traía la sonrisa de nuevo, y como si un resorte escondido entre sus rayos me empujara, me reía y me reía, mostrando a todo el que quisiera ver mi falta de dientes.

La casa entera contagiada de mi risa también reía, con interminables ecos repitiendo mis carcajadas en los amplios corredores cuadriculados, donde nuestras carreras habían dejado sus marcas.

Incluso la piedra aquella parada al empezar la escalera, siempre tan seria, y que parecía crecer con el tiempo, bueno, hasta esa piedra se salpicaba de sol y reía.

Desde diciembre hasta terminar febrero, la pequeña se sacaba la vieja que llevaba dentro y volvía a ser la niña de los siete años recién cumplidos. Me asalta un soplo de vida por todas partes; estoy más allá de mí misma. Por momentos no me siento yo, sino otra. Otra que podía ser feliz cuanto quería. Otra que pueda brincar, esconderse tras los pilares, ser de repente un pájaro o una melodía, estrenando de aquí para allá esa alegría tibia que me regaba el cuerpo

como un vestido nuevo en una fiesta de cumpleaños. Y por donde iba mi felicidad, yéndose con ella, mi padre, en un simple estar ahí, que era tanto.

Casi me parecía imposible que de golpe lo hubiéramos recuperado, y me estrujo los ojos muchas veces, como no pudiendo creer lo que veo: papá siempre a mi alcance. Todos los días y todas las noches, papá cerca, a cualquier hora disponible, compartiendo de veras nuestra existencia.

Me hacía tanto bien volver a tener un padre, a sentirme otra vez aquella hija querida cobijada por él como bajo la protección de un techo, cálidamente arropada por sus manos.

Se reanudaban las ceremonias de los besos y las caricias. Nuestros labios volvían a encontrar en su mejilla aquella ternura única, mezclada con la barba áspera. Su voz volvía a ser íntima y mimosa y sus brazos a tener el hueco calentito donde yo me escondía con cualquier pretexto.

Y cuando los cerros no eran sino noche tupida y las cosas de afuera se habían vuelto invisibles, entonces nos plantábamos a su alrededor como arbolitos para escuchar maravillados sus cuentos. Le salían ríos de palabras por la boca, palabras que mezcladas al olor de las guayabas, formaban parte de mi placer en aquel entonces.

La niña piensa lo mismo que está pensando la madre: que no está todo perdido, que siempre queda un poco de felicidad en algún verano, que todavía no es demasiado tarde.

* * *

Mágicamente el tiempo parecía haberse detenido al borde de aquellos veranos que han quedado grabados muy dentro de mí.

Las veredas suben y bajan entre piedras, lagartijas, adioses de personas a quienes no siempre conocemos, y sombras verdosas que se nos van cayendo encima al pasar bajo los árboles.

Por allí vamos nosotros cantando sin saber qué ni por qué, solamente cantando, todos equipados para la aventura del baño, recorriendo el mundo de todos los días a las once de la mañana, justo a esa hora. Nunca más tarde ni más temprano. La familia en pleno llevando su felicidad a cuestas, junto al par de sombrillas, al termo con limonada y los sándwiches de jamón y queso. Papá, mamá y su media docena de hijos que habían sido minuciosamente contados antes de bajar las escaleras. Porque era preciso que fueran siempre seis, tanto de ida como de vuelta. No fuera que por el camino se quedara alguno. Cuatro mujeres y dos varones. Cinco caminando por su propia cuenta y arrastrando el coche del más pequeño.

Nos poníamos en fila india para bajar la barranca, tan en picada y angosta, que nos hacía andar todo el tiempo resbalando. Según mi papá, lo mejor era dejarse llevar por la pendiente sin oponer resistencia. Nos soltábamos entonces, en

medio de gritos, apuestas y revolcones, como si aquello hubiera sido un tobogán y nosotros piedras o equilibristas de circo.

En las partes más altas íbamos viendo pedacitos de lago, y de repente, allá en el fondo, el lago entero bañado de sol, dando volteretas hasta perderse de nuestros ojos. Desde arriba el lago tenía el aspecto de una gran sopa que estuviera sentada sobre el fuego, por aquella especie de humareda saliéndole de todas partes, abrazada luego por un ancho cinturón de arboleda en casi todos los tonos de verde, que iba a terminarse justo donde empezaba a salir el cielo.

En días de viento, las pequeñas olas que traían encima un flequillo de espuma, venían desafiándose desde lejos a quién llegaba primero, dándose una tras otra de cabeza contra la playa. Allí construíamos los castillos feudales, adornados con guirnaldas de camalotes y servilletas de papel haciendo de banderitas. O nos convertíamos en milanesas vivas enterrándonos hasta los pescuezos.

Papá y mamá vigilaban nuestras travesuras desde las reposeras rojas y verdes, cercanos sus cuerpos, intercambiando sonrisas, orgullosos de aquel enjambre de hijos que a cada rato los reclamaban con: mírenme papá mamá cuando me zambullo o cuando hago la plancha o cuánto aguanto debajo del agua.

El sol del mediodía era una bocanada de fuego que nos sorbía la piel igual que si nos tuviera hambre, entonces nos escondíamos de él bajo el

techo de las sombrillas, donde de paso devorábamos cuanta cosa de comer había.

Al caer la tarde, cuando el sol entraba a morir en las aguas, pintándolas con llamaradas rojas, levantábamos campamento, regresando padres e hijos, perezosos, lentos, con los rayos rozándonos apenas las doloridas espaldas. Ahora subir esta cuesta resultaba tan difícil como escalar una montaña. Ahora ya no cantaba nadie. Ahora ninguno decía nada. Con los ojos que se nos caían de los párpados y llenos de bostezos y de reflejos dorados, íbamos avanzando despacio, a veces más bien reculando, empacándonos a mitad de camino para preguntar: ¿todavía falta mucho?, sin saber ya ni dónde poner los pies, sin sentirlos siquiera.

Llegábamos sí, pero a duras penas, con la lengua afuera y la fuerza justita para que cada cual echara el cuerpo sobre el mueble más a mano. El único que se libraba de aquel calvario por cuotas, era el pequeño privilegiado, que desde hacía un buen rato venía balanceando su sueño, al parecer, encantado del traqueteo.

Cuando la oscuridad se iba arrimando al campo, persiguiendo a la poca luz que le quedaba encima, aquel mundo alborotado se interrumpía de pronto, como si hiciera una pausa para tomar aliento quién callaba más entre ellas. Todo se petrifica a mi alrededor en un silencio que va en aumento; se hincha, ha crecido tanto que termina dominando todos los demás ruidos. Nada se escucha. Sólo el silencio que me traía una sensación de soledad, de campo abandonado, y

muchas ganas de llorar también. La tierra ha quedado lacia, como doblada sobre sí misma. Nada se mueve todavía. Todo tan paralizado y quieto que aquello daba la impresión de ser algún funeral colectivo. No por mucho tiempo, porque a la hora de la cena empezaba a desatarse el gran escándalo de chicharras y de grillos y de ladridos que el viento iba llevando y trayendo, llevando y trayendo. Hasta los insectos cantaban círculos alrededor de los focos. Quién iba a pensar que en un pueblo tan chico hubiera tantos ruidos.

Un poco después, con la orden terminante de papá mandándonos a la cama, se terminaba el día. Entonces la niña se acuesta, respirando antes de dormir los olores del campo que acercan las dos ventanas gemelas. Aquel olor penetrante y tibio que no se siente con la nariz sino con todo el cuerpo, oyendo desde la oscuridad la música de su alegría, esa nota dulce y continua que parecía apresurar lentamente el sueño. ¿Cómo se podría hacer para apresurar la dicha?, clavarla como si fuera un cuadro en la pared.

Luego bastará cerrar los ojos para que llegue el sueño. Acabaría por dormirme enseguida, mientras voy sintiendo esa vida ancha, serena, fluir con languidez entre mis venas, aquel bienestar cansado del cuerpo que se imponía a cualquier intento rebelde del movimiento. Los brazos, las piernas se sentirán contentos, limpios, agotados, en tanto me duermo fuertemente agarrada a mi felicidad, me duermo, para no perderla mientras dormía.

En aquella casa colgante era completamente feliz porque volvía a ser una niña. Una niña sin relojes y sin ninguna espera. Tan libre como el pajarito de chaleco azulado que cada día se empeñaba en despertarme con el mismo canto.

Mientras duraba el verano, duraba también la dicha. Después las vacaciones se iban para regresar sólo al año siguiente. ¿Cómo habría que hacer para estar en verano siempre? Las vacaciones deberían durar no meses, sino siglos. Porque es tan triste decirle adiós a la dicha, sentir que mi vida se detenía allí, que se acabó mi cielo. Tan triste separarse de los instantes felices volviéndoles la espalda, dejarlos cada vez más lejos, prendidos a los postes del telégrafo, a una polvareda larga que tenazmente nos irá siguiendo, a las vacas que poco a poco terminarían por hacerse manchas, a las casitas retrocediendo hasta desvanecerse, a tantas pequeñas cosas que hacen grande la vida. Todo escapando de mí, huyéndome bajo las ruedas del auto que van desenvolviendo el camino, hasta quedar enterrado allá lejos, donde también quedaría enterrada la niña que en aquellos meses yo había sido, allí donde en vano procuraba ver porque casi ya no se veía, donde los cerros empezaban a ser cielo y mis lágrimas se hacían llanto.

Así todos los años, hasta que un año, un verano, un día, sin sospechar que era el último, el definitivo día, dejamos de ir.

Pronto el otoño arrastrará mi alegría con sus hojas. Pronto detrás de mi ventana será invierno.

Siempre me dio miedo el invierno. Lo siento como un velo oscuro que me tapa el día, el cielo, el sol, a mi padre. Como alguien gris que apagó la lámpara alrededor de la cual constituimos por algunos meses una familia feliz.

Es por eso que necesito alargar este verano, continuar un poco más esta felicidad, seguir teniéndola conmigo hasta el final de mi viaje.

* * *

La vida nos ha pasado demasiado rápido y ahora somos demasiado mayores. Ya nos formamos fila para bañarnos en el lago. Ya no hay risas ni se escuchan gritos. Todo parece estar tan lejos, tan fuera de sitio. Y las tristezas, sin embargo, son las mismas. La casa colgante también. Como si por ella no hubiese transcurrido el tiempo. Como si ni el calor ni el frío pudieran alterarla nunca.

Está ahí, tan semejante a aquellas cosas desvanecidas nunca desvanecidas del todo, que se llaman infancia, en el lugar de siempre, todavía prendida al mismo cerro, la misma piedra tumbada al empezar la escalera dando la impresión de ser un huésped demasiado grande para caber adentro.

La miro al pasar, con nostalgia, con ese vuelco que me da el corazón cada vez que la veo, sólo de lejos, como se miran las cosas que en algún ayer

nos pertenecieron y de las que tanto nos cuesta desprendernos. Sus puertas y ventanas abiertas dejan salir voces y rostros extraños. ¿Quién habrá elegido ese sofá, aquella reposera verde, las cortinas café con leche? Nadie familiar. Ningún conocido. Nada más que nuestras huellas demoradas sobre las baldosas y un gran silencio de lo que fuimos...porque definitivamente, irremediablemente la hemos perdido.

A veces quisiera volver atrás, hacia el ayer, a ese tiempo niño que convivió conmigo. A veces quisiera que eso no fuera un imposible. No. No se puede desandar lo andado ni desvivir la historia. Pero apretando los ojos sí puedo. Puedo prolongar las cosas, resucitar personas, un olor, cada sonrisa. Me he encerrado tras los párpados y por entre ellos regreso. Regreso desde otro tiempo donde no hay muerte ni hay edad ni existe la ausencia. Donde sigue siendo verano. Ahí está lo que busco: una niña muy rubia hundida en el abrazo de un hombre joven. Es mi padre con su cara de ayer, con la misma sonrisa. Las cabezas juntándose en un largo silencio, acaso sabiendo que el querer así, tan desde el fondo, está más allá de cualquier palabra.

Hay tanta dulzura en la forma en que las dos miradas se miran, tanta complicidad callada, tan fuerte es la impresión de realidad, que por un momento las siento a ambas respirar en mi pecho. Y hasta llego a no saber cuál de ellas soy yo misma: si esta mujer de ahora o aquella niña de entonces. Duró un instante apenas, ya lo sé.

Acaso lo que dura un parpadeo o acaso menos.
Pero para mí fue suficiente.

III

Hace poco descubrí entre los avisos del diario uno que decía así: Se vende piano de concierto procedencia alemana, tratar en tal dirección. Y como soy una concertista frustrada y se puede decir que ando con el piano a cuestas, de inmediato me interesó la oferta. Puse en marcha el motor del auto y, sin pensar dos veces, partí rumbo a la dirección indicada.

En cuanto lo vi, supe que era el mismo piano, el de la casa de mis abuelos paternos. Abrí la tapa negra, algo desgastada ya por el tiempo que le había pasado encima, y ante el desconcierto de la dueña, largo rato me quedé mirando las teclas, como si al verlas repasara los rincones de un lugar adonde había ido todos los días, durante una vida de casi completa felicidad. Mis largas esperas y la tía Etelvina hicieron lo posible para que fuera casi y no del todo la felicidad de entonces.

Rara mujer aquella tía Etelvina. La solía ver sin que me viera ella, flaca y a punto de hacerse vieja, dándole agua a las planteras de helechos que se recostaban contra los pilares. Siempre cubierta de telas negras que la cerraban hasta el cuello, como si aquel luto permanente le

aumentara la desgracia de haberse quedado soltera. O tal vez por eso mismo lo llevaría, en señal de riguroso duelo por el cuerpo que se le iba ajando, lastimosamente todavía intacto. Lo cierto es que la amargura de la tía Etelvina termina por amargar también las cosas que me pasaron.

Vagamente me viene el otro piano. Es tan poco lo que puedo recordar de él ahora. Apenas si recuerdo los ojos que entonces lo miraban.

Me he quedado con algo de aquella niña y guardo muchas personas y objetos que estuvieron en sus pupilas. En un lugar muy especial está el piano. También las visitas.

Era costumbre cuando se apagaban las tardes, visitar a los abuelos en aquella gran casa que tenían, a escasas tres cuadras de la nuestra.

Cerrábamos la puerta sobre la oscuridad de adentro y salíamos a la que hacía un ratito apenas, se había instalado afuera, ocupando cada cual sus respectivos lugares: mi padre a la derecha, mi mamá a la izquierda y mi pelo alborotado en el medio.

Las arcadas que me daba el cuello almidonado de mi vestido paquete, se me pasaban enseguida, cuando los tres empezábamos a caminar las calles despacio, salpicadas ya por las escuálidas luces que caían de los postes parados en las esquinas. De un lado, nos venía siguiendo la luna, por el otro, nuestras sombras aplastadas. Las casas bajas se buscaban, echándose unas encima de otras, tan apretadas que parecían tener bastante calor. Las veredas, sin embargo, eran frescas y simpáticas,

bordeadas por personas que al vernos pasar, hamacaban sus saludos desde los sillones de mimbre. Y hasta los árboles y hasta los perros sin dueño tenían cara de gente amable.

Cuando empezaba la cuarta esquina, empezaba a salir de la noche la casa de mis abuelos, con sus balcones donde se ahuecaban las sombras, y sus murallas que de tanto reflejar la luna, acababan por parecer también planteadas.

No bien se ponía la mano sobre la manija negra, la puerta del zaguán soltaba un rezongo que se agrandaba a medida que se iba abriendo, como retobándose la madera o como si le costara darnos paso. Enseguida venían los dos corredores interminables, que con el tiempo se me achicaron de golpe, uno a cada lado de una fuente de abultado vientre, parada en medio de un pequeño jardín como un centinela vigilando antiguos rencores, venidos vaya a saber de cuándo y de dónde.

La familia de mi padre ocupaba el ala derecha, la de mis tías abuelas, el ala izquierda, y entre ambas no había mucha cordialidad que digamos. Ya que, según parece, habíamos tenido en tiempos de María Castaña un grave disgusto con aquella rama de la parentela, y desde entonces ellos no nos podían ver ni en pintura y nosotros ni pintados a ellos. Nunca nos hablábamos cuando nos pasábamos cerca. Alguno que otro saludo huraño, esquivándose los ojos donde perduraba la ofensa, religiosamente transmitida de padres a hijos, como si formara parte de la herencia.

Quizá fuera por eso que mi bisabuela solía permanecer horas enteras en un escritorio que quedaba en terreno neutral. Mi padre me daba en empujoncito y yo entraba a darle el acostumbrado beso. La buscaba entre las sombras y los libros y ese olor a aire guardado que había, tardando un buen rato en llegar a mis ojos. Hasta que al fin la encontraba, rezagada en su voluntaria penumbra, lejos de la única lámpara encendida. Todavía la estoy viendo en su sillón favorito, rigurosamente enfundado de negro su cuerpo largo y delgado, y hacia arriba, el cuello se le escabullía de golpe, como no pudiendo resistir más esa cárcel de tiesos voladitos que le llegaban hasta donde le empezaban a salir las orejas. La boca era apenas una línea sobre la piel blanquísima, y de pronto, desde muy hondo le asomaban los ojos retintos que miraban siempre los mismos recuerdos, prendidos a una ventana de postigos cerrados, bajo la cual se apoyaba la humedad aquella con forma de barco.

Yo debía empinarme un poco para alcanzarle el beso, un ligerísimo roce que aunque hiciera calor, me daba un chucho tremendo, porque era igualito que estar besando una estatua.

Mis padres y mis abuelos se ponían a charlar luego sobre el corredor derecho y yo tenía plena libertad de andar por ahí, revoleteando los muebles y también las palabras de una conversación que poco o casi entendía, siempre y cuando, me recomendaban, no me saliera del límite.

Al principio, me entretenía el canario, pero pronto me cansaba de ver tanto movimiento. Se lo pasaba repitiendo el mismo salto el pobre animal. Que yo me acuerde, jamás se le ocurrió cambiar de trino. Ni de trino ni de salto.

Una noche, sin que nadie lo notara, me pasé al corredor prohibido. Vi la tentación de una puerta entreabierta y enseguida me vinieron enormes deseos de meter los ojos allí, como si todos los misterios desde adentro me hubieran estado llamando. Es que quién sabe cuántas veces mi curiosidad había chocado contra la obstinación de aquella puerta eternamente cerrada, seguro para que no siguiera entrando en la sala más noche de la que ya había entrado. Tanta cantidad de negro que no tenía dónde apoyar los ojos. Aquí da lo mismo ser ciego, me dije. Una oscuridad honda, como la metida en un pozo, casi toda hecha de silencio, bultos al parecer durmiendo y alfombras enroscadas.

Avancé sin saber hacia dónde tirar, latiéndome el corazón como debía latirles a los ladrones, tanteando la niebla para no meter la pata. Y ahí nomás me fui a tropezar con algo acostado que largó un ruido cortito, seguido de un largo eco, y hasta me dio un poco de miedo. Pero cuando la oscuridad y el silencio se hicieron de confianza y a las cosas lentamente se les fueron formando las caras, entonces me sentí como en mi propia casa.

* * *

Era una sala inmensa e inmensamente alta de techos que abarcaba casi toda la parte terminantemente prohibida, impregnada del persistente tufo que suele sentirse en esos lugares que nadie utiliza nunca para nada, y amueblada con cosas que parecían haber sido viejas desde jóvenes.

De las paredes colgaban retratos, todos hasta la mitad, que yo no sé si serían próceres o sólo difuntos de la parentela. Lo único seguro era que todavía convalecían de hepatitis, por aquel tono entre marrón y verde aguacate de cuando da cólico que les cubría los rostros. En un extremo, un ancho espejo bordeado en algo que, por la forma de relumbrar, debía ser oro puro 18 quilates, repetía dichos retratos y buena parte de la sala, incluyendo el cortinado.

Di algunas vueltas completas, yendo de aquí para allá, de una curiosidad a otra, antes de escuchar lo que de repente escuché: un rumor de voces lejanas que parecían irse acercando a través de la penumbra. Pudo haber sido afuera, pero yo lo oí aquí adentro.

De un modo confuso comprendí entonces, que algo muy raro estaba ocurriendo. Lo más raro, sin embargo, no había sucedido todavía, sino que vendría un poco después, cuando pude comprobar que las voces salían nada menos que de los retratos. Nunca pensé que éstos pudieran hablar,

pero sí, era allí donde nacían los murmullos e iban a morir también allí. A lo mejor se trataba de muertos que no estaban bien muertos. ¡Mamita! Y lo peor era que no encontraba la salida.

Por un momento me quedé inmóvil, crucificada en aquel rincón, temblándome las rodillas, contemplando como hipnotizada lo que mis ojos no acababan de creer. Debe ser algún eco que se ha quedado encerrado, o sólo debo estar soñando, me mentí. Pero no, porque me pinché dos veces seguidas y las dos veces seguidas sentí dolor. Al menos vivía. Medio muerta de miedo, pero vivía.

Esto era lo último que me faltaba. Por lo visto no has encontrado nada mejor con qué entretenerte...-decía alguien que al parecer sostenía una acalorada disputa con el señor del retrato de enfrente.- Un día de éstos me cansaré de tus humillaciones y se lo contaré todo a todo el mundo. Y después no te alcanzará la muerte para arrepentirte.

La que así hablaba era una opulenta señora cuyo contenido apenas si cabía dentro del retrato, demasiado angosto para servir de marco a su imponente persona, ya que de punta a punta lo abarcaba.

Iba peinada de rodete y provisto de enormes pechos en pendiente (donde se empequeñecía un medallón) que aparecían saliendo impetuosamente del canesú de un vestido con tensas hombreras, lo cual hacía pensar que en

cualquier momento la dama en cuestión iba a ponerse a volar.

Apenas me descuido un poco –prosiguió la ofendida– y te pones a coquetear con la primera falda que se te cruza enfrente. Y en mis propias narices. ¿eh? ¡Desfachatado! ¡Hasta la vergüenza has perdido! ¡Todo...! ¡Todo!

Y a cada ¡todo! Se sacudía entera, haciendo temblar el marco también con vidrio y todo.

Sería grave que estos esposos no estuvieran separados por los tres metros que había entre las paredes donde se hallaban colgados, porque estando así de nerviosa la mujer, podía esperarse cualquier cosa de ella.

Y mientras el espejo la miraba gritar en silencio, yo me volví un poco para ver quién era el “desfachatado”.

A primera vista me pareció imposible que alguien pudiera celar de algo tan desproporcionado. Tampoco poseía ningún rasgo que hiciera sospechar su condición de Don Juan. Era un caballero mal metido en una ajustada chaqueta con más botones que ojales, que daba la impresión de incomodarlo bastante, a juzgar por la expresión de los ojos. Expresión que, sin embargo, pasaba a ser de instantánea fascinación cada vez que, sin ningún disimulo, contemplaba a su vecina.

Pero lo más extraño del caso era que el hombre se dejaba retar, respondiendo a las acusaciones con un silencio de panteón, sin mover

ni un solo músculo, completamente insensible a todo cuanto no fuera su vecina de pared.

No así la opulenta dama, que todavía con la respiración alterada, seguía adelante, sin dar señales de que fuera a capitular, sino más bien al contrario, porque volviéndose ahora hacia la instigadora del drama, la encaró entre grito y grito:

-Y sépase usted, que el miserable enfrente suyo es hombre casado desde hace más de treinta y cinco años, y con ocho bocas para alimentar. Por lo tanto, si fuera usted un poco más decente lo entusiasmaría menos. A ver si se atreve a negármelo en la cara. Estas mujeres de ahora, siempre dispuestas a comer la fruta del canasto ajeno.

Y tras sus palabras dejó flotar un tan largo suspiro que durante un buen rato continuó removiendo la penumbra.

¡No el permiso, señora! –replicó con una voz muy conocida una indignada desconocida de cabellos muy negros y piel muy pálida. Aún más pálida sobre el fondo oscuro.

-¡Cómo se atreve a injuriarme de esa forma! Y para que lo sepa: es su marido quien me ha venido haciendo proposiciones deshonestas sólo Dios sabe hace cuánto...

Hablaba a medias, sofocada por un corsé que parecía estaría ahogando a cada palabra. Yo no sabría decir de dónde, pero cada vez estaba más segura de haberla visto en alguna otra parte. ¿Sería casada o soltera?

¡Soltera toda la vida y a mucha honra! –me respondió al instante, como si hubiera podido deletrear mi pensamiento.

Y entonces lo supe: ¡era la tía Etelvina en personal, con su aplicada compostura de miramenometoquéis, su remangada nariz y su dignidad sin tachas. Sólo que en mejores épocas, claro. Ya no es ahora la belleza que era entonces. No. No resultaba fácil reconocerla. Sólo fijándose mucho.

El único retrato que hasta el momento había permanecido callado, aprovechó el primer silencio para intervenir a su vez:

¡Quién lo hubiera creído! ¡Todavía no estoy bien muerto y esos buitres ya se están repartiendo mi herencia! Me han dejado sin tener dónde caerme muerto –vociferaba el militar (ya que debía ser militar por su vestimenta de gorra y condecoraciones y esa manera repentina de endurecer el gesto, como si fuera a ponerse al frente de su ejército, aunque por los bigotes era igualito a un mongol) muy propenso a decir palabrotas, intercaladas puntualmente cada tres o cuatro frases decentes.

Ese dinero que yo me lo gané sudando la gota gorda desde las cinco de todas las mañanas de todos los días de cientos de años, hecho ahora humo, tirado a la calle, dándose la buena vida esos malvivientes. Ya me figuro lo que se estarán riendo de mí. Pero ya verán. No dejaré que me maten de un infarto. Antes los voy a desheredar... -y se detuvo un instante, algo indeciso, el tiempo

indispensable para darse cuenta de que ya el infarto había puesto fin a sus días.

Los voy a meter presos incomunicados, entonces –se corrigió. Y no dijo más porque en aquel preciso momento, la señora opulenta volvía al ataque con renovados bríos para proseguir la lucha:

¿Con que haciéndole proposiciones deshonestas? ¿eh? ¿Con que involucrado en amores clandestinos? Espérate a que me descuelguen de aquí, viejo verde –le dijo sin creer mucho en lo que decía.– Pero te advierto que conmigo no se juega. Esto se acabó. Se terminó para siempre. Ahora sí que me voy...

Dios te oiga –le respondió el “desfachatado”, a quien las amenazas no consiguieron quebrantar lo más mínimo, al contrario. Persistía con los ojos de carnero vueltos hacia la tía Etelvina, suplicándole amor con la mirada.

–Hacia un cuarto de siglo me ilusionas con lo mismo y esta es la hora en que todavía no te has movido del clavo. Anda, ¡descuélgate! ¡Vete ya, mujer! ¿Qué esperas?

Y así se hubieran seguido peleando la noche entera de no haber sido por el piano, quien desde su rincón me empezó a chistar con una sonrisa de blancos dientes. Le costaba moverse con aquella cola tan larga y desproporcionada, comparándola con el resto del dueño. Me pareció una excelente persona y yo la quise enseguida. Al instante comenzó a cantar con una voz muy dulce que fue corriendo por encima de las teclas, agitando las

cortinas, haciendo vibrar los caireles, anestesiándome a mí misma...Porque de pronto se me cerraban los ojos y esa música fluía de mi interior, me caminaba dentro como si se hubiera incorporado a mi sangre. Y luego me sentía transportada igual que si sus notas tirasen de mí hacia arriba, como si aquella melodía me diera alas y después me elevara...

De cuando en cuando, desde mis alturas, yo vigilaba la puerta, por si acaso alguien entrase. La tía Etelvina entró justo cuando menos la esperaba, cortándome en dos el hechizo.

Vi primero su pollera negra. Después vi sus interminables brazos forrados que pretendían atraparme, y de los cuales, no con la mejor buena voluntad lograría escapar, por más esfuerzos que hiciera por esquivarlos. Presentía que, para seguir ilesa, tenía que encontrar una salida, pero no me quedaba ninguna. Estaba sitiada. ¿Por qué tendría esa antipatía tan arraigada contra mí? Claro, son los otros los que se pelean y a mí a quien corresponde la expiación. En un momento dado la tuve tan cerca, que hasta pude contarle cuántos botones se prendían a su tambaleante camisa. Tenía cinco.

El cuerpo se le llenaba de violentos temblores, como si sufriera de invierno y de la boca le chorreaban palabras que me dolían igualito que palizas:

—¿Acaso no te han dicho tus padres que no se puede entrar en esta sala y muchísimo menos tocar este piano? Mocosa atrevida. Pequeña

delincuente. Que no te vuelva a pescar en lo mismo. ¿Me entiendes? ¿Me has entendido?

Ella alcanzó por fin a cazarme una mano y con inesperada rapidez fui sacada de allí cual pajarito volando.

Levanté un vuelo sumiso, torpe y de lo más enredado, llevándole varias sillas, una abuela y dos curiosos por delante. Desde arriba todo se iba moviendo conmigo, pero en sentido contrario. Y hasta me crucé con aquel viento lleno de olor de jazmines que solía acercarse al patio cuando quería llover por el norte. No sé por qué me dio entonces la impresión de ser una de esas ropas puestas a secar colgando de las mangas abiertas. Parecía además, que a la tía le encantara mi manera de deslizarme por los aires, porque sólo me soltó al llegar a la zona franca.

Yo, mientras viajaba, iba reteniendo lo más que podía el llanto. Prefería morir veinte veces seguidas antes de darle el gusto a esa bruja. Otra cosa importante me sucedió en el aire: Justamente allí decidí mi vida: en represalia al injusto ataque, tendría un piano enorme y sería la mejor concertista del mundo. Algún día, apenas creciera.

Lástima que cuando se cumplió mi rencorosa promesa, sólo cumplida a medias, la tía Etelvina ya no estaba precisamente para darse cuenta de nada.

La gran casa hoy ya no me reconoce. La vendieron hace tiempo. Esta tarde, sin embargo, por esas casualidades inexplicables con que a

veces nos sorprende la vida, he podido recuperar algunos recuerdos viejos, tan pegados a mi infancia y a todo lo que tanto quise, tal como los había dejado, escondidos entre las teclas del piano en venta.

Cerré la tapa con cuidado, como si guardara pedazos de mi propia vida para revisarlos a gusto más tarde, cuando me encontrara sola.

Lo compro –le dije a la dueña.– Me lo llevo ahora mismo.

Pagué lo que pedía y ni siquiera se me ocurrió exigirle una rebaja. Porque, ¿qué precio se le puede poner a un piano que de pronto resulta ser el mismo piano?

IV

Desde nuestro corredor yo las podía ver perfectamente, sin entender qué hacían tan lejos de su juventud sin haber conseguido pareja.

Las veía justo a esa hora en que las sombras agrandaban las cosas y también los recuerdos, hablándose más con los ojos que con las palabras, contemplando quién sabe, otra tarde de menos o la vida que continuaba sin ellas.

Aunque eso sí, costaba abarcarlas a todas desde una sola mirada, y había veces que de tanto esfuerzo hasta se me acalabraban los ojos, por que eran nada menos que cinco las hermanas.

A pesar del mucho tiempo que llevaban juntas, se sentaban cara a cara, con el sol de la tarde y el cantero de achiras en las espaldas o pegándoles de frente, y la impar que estaba sobrando, dirigiendo la batuta en una punta, como si fuera directora de la orquesta.

Dignamente erguidas las espaldas, casi enyesadas de tan rectas, las rodillas herméticamente cerradas, y ese calor que de seguro en algún descuido se les había metido adentro, porque no paraban de apantallarse.

Yo no sé si sería por culpa del atardecer que medio me las empañaba de lejos, lo cierto es que hasta mis ojos iban llegando como rodeadas de una aureola en tres o cuatro tonos de rosa, y sólo les faltaba la coronita de luces para ser idénticas a santas.

Según cuentan las malas lenguas, parece que no se han casado porque pretendían mucho y ningún hombre les quedaba bien a ninguna: que éste por demasiado alto, que el otro por petiso, que el de más allá por faltarle modales.

Y así se habían ido secando, mientras dormían tan solas, recitando esas letanías con indulgencia plenaria que las llevarían derechito a la gloria, sin atracar en el purgatorio. Y ahora va a ser difícil que encuentren voluntarios. Ahora ya no tienen remedio. Han quedado para vestir santos.

Un conjunto de señoras en estado permanente de gracia y consumidas por combustión espontánea, ya que a las mujeres como a las flores, lo que les hace falta es el riesgo— solía

bromear mi padre, ante aquel gesto fruncido que ponía mi mamá en la boca cuando se enojaba. Y yo allí, sin saber hacia dónde tirar, si la cosa era de risa o para estar seria.

Lo que no entiendo de veras es por qué les dicen todavía “señoritas”, si son tan viejas. Una cosa es ser señorita y otra cosa es ser soltera. A veces hubiera querido ser un poco menos niña, a ver si entendía más.

Para mí que las cinco nacieron solteras y encima viejas. De eso estoy casi segura. Aunque mi mamá me promete que la recostada contra el pilar y a cada rato suspira, había tenido marido en mejores épocas. Pero no había forma de averiguarlo, porque ésta sólo era distinta en que un ojo se le hamacaba todo el tiempo, al mismo ritmo en que le iba moviendo una pierna.

Tan poco le duró el marido, que apenas terminaron los arroces y ella disparó la liga, también se le acabó el pastel de bodas, por suerte después de haberlo probado, aunque sea para recordar el gusto. Sin que nadie supiera ni cuándo ni dónde se le había perdido, ni tampoco en qué circunstancias.

Algo es algo y mejor que nada –decía con malicia mi padre, y mi mamá decía que era mucha indiscreción andar averiguando cosas, y por eso, al final, nos quedamos con las ganas.

Lo cierto es que a partir del triduo, asumió con tal seriedad y recato su condición de viuda, que más que una viuda parecía tan soltera como al principio. Como si el tiempo no le hubiera dado

para perder la inocencia del todo. Y ese poquito lo fue recuperando de nuevo, seguro para hacer causa común con el resto.

Yo era muy chica entonces y veía sólo la mitad de la vida. La otra mitad la tenía tapada por la inocencia. Hoy, sin embargo, tengo el panorama completo. Hoy, nadie me saca de la cabeza que en la aparente indiferencia de la única casada, había un no sé que picaron, un resplandor distinto que la hacía también diferente.

Es como si la estuviera viendo sobrellevar aquella desgracia con la sonrisa en los labios, como si recordara sonriendo los privilegios de haber tenido un marido.

Ya me parecía que aquel tic –izquierdo– del ojo no era un defecto, sino más bien acaso del esfuerzo por reconstruir entre minuciosos insomnios, los hechos más resaltantes de su viaje de bodas, antes de que éstos se le olvidaran del todo.

Ahora comprendo también el porqué de esas miradas balazos disparadas por las hermanas cuando la veían sonreírles a las plantas, como si a cada rato le estuviera echando en cara el motivo de sus nostalgias.

Con todo, ninguna de las otras cuatro consiguió quitarle lo bailado, y así pudo envejecer tranquila alrededor de sus recuerdos. Porque el tiempo podía deteriorar su cuerpo pero no su recuerdo. No hay tiempo capaz de envejecer el recuerdo. Eso no lo pude comprobar entonces, sino mucho después.

A la que le dicen la “menor” y a veces hasta la “nena”, sólo se la ve un poco más joven, llevando algo así como una ventaja de horas sobre las hermanas. Es también la más ansiosa de todas porque estaba como a la espera de algo que nunca ocurría o como temiendo que en cualquier momento se le derramara la sopa. Y aunque parezca mentira y siendo tan grandecita, le tenía un terror congénito a los hombres y a los murciélagos. A los primeros, después de que se hubieran puesto los pantalones largos y a los segundos, después de aquella vez que los enormes de grandes se le vinieron encima. A simple vista se le notaba aquel miedo, por la forma como los esquivaba a ambos, empalideciendo por zonas y retorciéndose los dedos casi siempre. Tanto, que hasta llegué a pensar que con el jardinero, para dar un ejemplo, jugaban coreco, porque nunca se encontraban en ninguna parte, ni le permitía acercarse a más de cierta y prudencial distancia. Siempre hablándole de lejos y a los gritos pelados, sobre la manera de tratar a las plantas o de cortarles lo sobrante seco o la hora en que debía darles el agua. O cuando les mandaba enderezar la enredadera que se andaba desviando del camino marcado por el alambre, floreciendo para el lado del vecino.

Y la mayor, a esa sí a la legua se le notaba la antigüedad que tenía, con sólo verle la cara. Además solía dormirse por ahí, donde le agarrara el sueño y en insólitas posturas. Incluso hasta en pleno día y haciendo con la garganta aquel ruido

como de gárgara. O le daba por recorrer fatigosamente la casa, agachándose de vez en cuando para ver por mientras buscaba desesperada sus lentes que le colgaban del cuello.

Entre ellas hay una que se destaca porque vive de mal humor toda la vida. Era también la más enojada pero sin estarlo de veras, ya que de allí no pasaba. Andaba con el llavero a cuestas, dando atareadas vueltas para poner en orden el mínimo desorden de la casa, matando de paso alguna cucaracha extraviada, lo cual era su fuerte; “porque traen enfermedades muy graves las muy puercas”, repetía con asco, mientras con el taco les iba dando el golpe de gracia.

Hasta bastante entrada la noche se le veía cerrando ventanas y puertas. ¿Para qué se tomaría tantas molestias?, si lo único que entraba allí sin permiso eran las hojas, cuando las entraba el viento y después más nadie. Llegado el momento, le aparece el trauma: se adelanta señalando a las visitas el camino del portón de calle, que desde que yo me acuerdo fue siempre el mismo y no había forma de equivocarlo. Pero ella, dale que dale, insiste hoy, mañana y pasado. Durante muchos años continuó insistiendo.

Fuera de eso, no había otra pista que te indicara cuál era cuál entre ellas. Las cinco parecían siamesas pegadas por la inocencia. Les sobraba tanto cariño por dentro, que a veces no sabían qué hacer con él. Entonces se lo daban a las plantas, arrullando a cada uno de sus brotecitos nuevos.

Avanzan y retroceden en una misma línea, como en la guerra. Bastante rellenitas por abajo, a punto de hacerse viejas por arriba. Las caras muy blancas y además empolvadas. Lo único más fuerte que todas sus virtudes era aquel perfume que usaban, cuyo aroma se percibía mucho antes de que llegaran y mucho después de que se hubieran ido.

Es como si se ducharan con perfume y se secaran con talco –opinaba mi papá y yo también opinaba lo mismo.

Al empezar y al terminar la visita nos atacaban con aquellos besos mordiscos que duraban largo rato. Se visten también igualito, de medio luto floreado que las clausura hasta el cuello, desde donde súbitamente se comienza a verlas. El poco pelo hincado de muchas peinetas, medio por caerse siempre, como faltándoles de dónde agarrarse. Todo el cansancio del cuerpo se les había concentrado en las piernas, tan despaciosas y lentas por el siempre andar lo en lo mismo.

Cuando las visitábamos, hablaban del tiempo todo el tiempo, y además de esas cosas que suelen pasar durante el veraneo, inclusive de otras, aún antes de que ocurrieran, mencionando a Dios a cada momento en voz tan baja, que parecía tener miedo de que las escuchara alguien.

No es que hayan sido chismosas, nada de eso, sino que el pueblo era tan chico entonces, que no había dónde esconder los secretos.

No sé qué hubieran hecho nuestros veranos sin ellas. Eran las cinco tan buenas, tan obsequiosas,

tan tiernas. He crecido con todas en mi recuerdo. Las guardo todavía, muy junto a lo que tanto quise así, como se me quedaron en la memoria, sentadas entre retratos de otros más viejos que ellas. Sentadas iluminando mis atardeceres hasta un poco antes de morir. Porque se fueron muriendo una tras otra, casi al mismo tiempo. Así como habían vivido y como envejecieron. Al mismo tiempo. Después sólo se escuchó el silencio, sólo este ir y venir del silencio dispersado por el viento, igual que si aquel corredor replegara sus recuerdos, recogiera sus pisadas y se acostara entre sus ecos.

Me fui a cada uno de sus velorios y lloré por cada una de ellas. Hoy ya no queda ninguna. Pero, ¿hace falta acaso que estén vivas para que yo las vea? Ahora mismo las estoy viendo. Entonces camino de puntitas hacia allá, cuidando de no hacer ruido, de que no me sientan, porque el juego es caerles de sorpresa. En el último escalón me detengo muy quieta, respirando apenas, esperando...y cuando están bien distraídas les grito ¡GUAU! con todas mis fuerzas. Pero ellas no se asustan ni piden socorro como yo creí. Sólo me miran, hasta que les comienza a salir de pronto aquella risa tan linda, primero de los ojos, de la boca después y finalmente de toda la barriga. Largo rato nos reímos juntas. Lo único malo de mi risa es que pasado un tiempito se me convierte en asma, y entonces dejo de divertirme. Todavía no conozco a nadie que se pueda divertir con un cataplasma encima.

Estuvo allí desde muy tempranito. Desde cuando me arrimé a la ventana y en lugar del sol de cada mañana, me encontré con esta lluvia de porquería. Primero hice como que no la veía. A lo mejor al dejar de sentir las cosas se acaben, me dije, y durante un buen rato no le quité los ojos a ese señor colgado de un marco, tan difícil de saber hacia dónde mira, que según mi abuela había sido su esposo antes de que lo colgaran.

Pero no hubo caso. Para nada me sirvió el experimento. Al contrario, fue mucho peor todavía, porque ahora ya no eran las gotitas de antes, sino pedazos de agua a través de mis lágrimas, acarreando ruidos de viento, de árboles, de yo qué sé, de todo lo que bajaba con ella.

Si sólo hubiera sido eso, pero lo peor es que también traía cola. A veces y de repente, el estornudo de un trueno haciendo temblar la casa entera. Después se iba, por suerte, rebotando...rebotando, hasta convertirse en eco lejano, como un pedacito de ruido que alguien se hubiera tragado.

Menos mal que los rayos caían muy de vez en cuando. Me daba miedo aquella luz tan extraña entre me caigo y no me caigo, y había que esperar que hiciera su recorrido con los ojos bien apretados, por si acaso. Hasta los grandes les

tenían miedo porque mi mamá y mi abuela se santiguaban a cada rayo: “Ave María purísima, que no se nos caiga encima”, mientras besaban sus escapularios bendecidos por el Papa que les trajo una parienta de Roma.

¡Qué larga es a veces una lluvia, y además, qué fastidiosa! Siempre llega cuando uno menos la espera, igualito a esas visitas que por poco hay que echarlas para que se vayan, porque cuando se instalan, se instalan en forma, como si sus partes de sentar se les hubieran pegado a la silla.

¿Todavía sigue allí? –pregunta a cada momento mi padre, refiriéndose a aquella señora obstinada y gorda que abarcaba un gran espacio de sala.

Se lo pasa diciendo: “Ahora sí que me voy”, hace como dos horas, y después se acomoda de nuevo –informaba Rita con entonación de espía.

–¿Ah, sí? Entonces la voy a poner en vereda. Desde aquí le gritaré: si usted no se va, nos iremos nosotros.

Y si la cosa no pasaba a mayores era gracias la oportuna intervención mi mamá, que toda nerviosa le decía:

–Por favor, ni se ocurra. No me hagas pasar papelones. No me digas ni en broma.

¿Cómo habrá que hacer para echar a una lluvia?

Hubiera querido soplar y desaparecerla. Que se borrara. Además no pasa el tiempo, y si pasara sería lo mismo, ya que las horas no me sirven para nada.

¿Por qué no se harán más pocas las horas de lluvia? O mejor, ¿por qué no se irá a llover a otra parte? Viene a caer justamente aquí, sobre nuestro veraneo, habiendo tantos lugares.

Mi papá será casi un sabio por la cantidad de cosas que sabe, pero todavía no me entra en la cabeza lo que me explicó hace un rato: que en la mitad de la tierra hay sol, y en la otra siempre llueve. Por lo visto, la parte que nos quedaba encima, de repente se dio vuelta y comenzó el diluvio.

Luego quiso convencerme de que la lluvia al caer, no hacía sino cumplir órdenes superiores del cielo:

–En todos lados hay un mandamás y unos pobres que obedecen, es inevitable.

¿Y eso qué tiene que ver con la lluvia? Por lo menos a la nena no la metas en la política – le recriminaba mamá, como todos los días.

Y como todos los días también, mi papá seguía adelante, como si continuara un discurso interrumpido y nosotros no fuéramos nosotros sino su público.

–En este país nunca se sabe lo que puede ocurrir el día menos pensado. El momento es muy difícil. ¿Acaso hubo carne esta mañana en el mercado? La lucha por seguir respirando se ha puesto brava en estos tiempos de privaciones y el partido necesita de todo nuestro apoyo.

–¡Basta de hacer discursos!

–Lo que ocurre es que ahora da lo mismo estar en un bando que en otro. ¿Cómo es posible que se

haya perdido toda conciencia cívica?, porque quien más quien menos, se rebusca para estar arriba. Pero te aseguro que sólo es cuestión de tiempo. Ya verán. Ya verán. Sólo que cuando vean, será tarde y la tortilla ya estará bien dada vuelta. Yo sé lo que te digo...

–Y yo, es la quinta vez que digo: no insistas con el tema cuando haya chicos delante. Has hecho de eso una especie de vicio.

–Deja en paz al único vicio que ya me queda, aparte del cigarrillo.

–¿El único? No tanto el único...

Entonces empezaban a reprocharse todo desde el principio, y yo sé cuál de las dos cosas era peor: si oír aquella pelea o escuchar la lluvia. Y después uno de los dos se iba dejando un portazo en la cara del que se quedaba. Y después, pasarían tres, hasta cuatro días sin siquiera dirigirse la palabra. O sea: lo de siempre. Si no hubiera sido por esto, hubiera sido por aquello. Claro que durante las vacaciones se peleaban menos. Un poco menos.

Yo nunca acabaré de entenderlos. Algunas veces actuaban como perro y gato, y otras, como si se quisieran mucho, porque se abrazaban fuerte, durante largo rato. Me sentía tan feliz entonces, que habría dado cualquier cosa porque se quedaran así para siempre.

El caso es que luego de varios intentos, se fueron callando del todo...y todo volvió a quedar como antes. Aunque no enteramente igual que antes, porque de pronto, en el primer silencio, se

destapó la lluvia del otro lado de la ventana y alguien pasó gritando que cerraran persianas y puertas para que no se inundara la casa.

La misma lluvia de porquería había vuelto sin haberse ido. Casi me duele verla frente a mí, y un poco más lejos, salpicando el vidrio, y todavía más lejos, allá donde yo tendría que haber estado jugando.

Me quedare aquí, un rato quieta, a ver si así al menos la escucho hablar. ¿De dónde habrá sacado mi padre que la lluvia habla en su idioma?

–Escucha. ¿Viste cómo conserva?

–No

–¿No? ¿Y ahora?

–Ahora tampoco.

–Bueno, ya la escucharás cuando te concentres. Porque para eso hay que estar concentrado. Después podrás escucharla.

Eso estoy ahora. Escucho con todos mis sentidos puestos en las dos orejas. Sólo escucho...voces ahogadas que salen de la lluvia. Voces sueltas que chocan contra el suelo formado burbujitas, y acaban arrastrándose despacio, en susurros casi, para formar raudales de voces. Arroyitos también. Como si quisieran decirme algo al pasar. Alargo hasta donde puedo la oreja y... NADA. Otra vez y otra vez NADA. Cuando una voz venía, la otra se alejaba. ¿No se encontrarían nunca para formar una palabra? ¿Ni una sola? Voces si pies ni cabeza que nunca me dirán nada.

¿La sientes ahora?

Siento igual que si alguien tartamudo rezara un responso sobre las tejas. Y si a eso mi papá le llama hablar, pues entonces ya lo creo que habla. Pero hablaría en chino, porque lo que soy yo, no le entiendo ni medio. Y más que hablar se plaguea. Incluso ahora mismo pasa llorando por las inconsolables canaletas que recogen el agua del techo. Vaya manera extraña de decir las cosas. Seguro sólo mi papá y la tierra son capaces de entenderla. Yo, por el momento, ni papa.

* * *

Me pregunto qué voy a hacer todo un día encerrada dentro de este aburrimiento, porque no me dejaban salir ni a la puerta y desde allí no podía ver gran cosa: Más allá, la misma lluvia y más allá, la misma lluvia entre mis ojos y el cielo.

Si yo fuera una señorita sería diferente: un simple paraguas arreglaría el problema. Pero todos somos tan niños, que ni siquiera piloto tenemos.

No había más calles. No había más plaza ni gente paseando. Aunque ahora que me acuerdo, hace poco vi pasar aquel perro que más perro parecía un bote, así remando con las cuatro patas. Tampoco se puede decir que haya estado en plan de pasear el pobrecito, sino de llegar cuanto antes, porque en el mismo instante que lo vi dejé de

verlo. Con tal de que no le haya ocurrido ninguna desgracia.

Y desde entonces no volví a ver otra cosa viviente. Ni colores había. Apenas un gris pálido rodeando al pueblo, que todo sucio de lodo se había hundido en un charco. Ni más ni menos que si esta casa fuera el Arca y el resto, con Noé y todo, se hubiera ahogado.

Tampoco escucho cantar a los pájaros. ¿Dónde se meterán tantos pájaros juntos? Según Rita, se van a buscar un techo, porque con semejante lluvia se les tranca el vuelo. Seguramente por eso habrán pasado volando tan ligero.

Así me paso la lluvia, metida en este pedazo de casa que es un cuarto, extrañando la vida de afuera.

¿Qué se habrá hecho de mi escondite del árbol? ¿Y de las semillas de mango que la semana pasada planté para que tuvieran manguitos?

Aunque sea un poquito de sol, que brilla pero por su ausencia, hubiera hecho más divertido el encierro. Todo deja de funcionar cuando falta el sol. Todo queda como sin vida. Todo se descompone. Muy parecido a cuando mi mamá se ausenta de casa.

Y aquí estoy: ni asmática ni castigada ni siquiera engripada. Sólo esperando que se le ocurra escampar algún día. Soy una niña que de tanto esperar me volveré vieja. Igual al caso de la tía Etelvina, que vieja vieja no era, pero poco le estaría faltando. Porque había perdido la mitad de

pelo y casi todas sus esperanzas de que volviera el novio, del que nunca jamás volvió a saberse nada. Aunque tampoco se encontraron sus restos.

Y conste que en la despedida ella le había dicho: aquí me encontrarás cuando vuelvas, y él: no tardaré mucho, mi cielo. Lo menos veinte años esperó “su cielo”, hasta que al final, casi se fue de monja, porque según mi papá, en total desacuerdo con mi mamá, para ir de otra cosa ya no reunía condiciones.

De repente, como que quiere aclarar hacia donde está el guayabo. ¡Qué maravilla! Una delgada rayita de sol intentando asomar entre la juntura de dos nubes. Estuvo un rato allí, sin dar ninguna luz, algo indecisa, un rato apenas, y después se hizo tan débil, que terminó desmoronándose en cenizas. Y todo volvió a quedar en el gris de siempre.

–¿Cuánto va a escampar, Rita?

–Dentro de un ratito nomás. Dentro de un ratito. Siempre que llovió, paró.

Pero el tiempo pasaba y el ratito no pasaba. Ya debería haber terminado y todavía no termina. Falta. Falta. Siempre falta todavía.

–¿Cómo más o menos es un ratito?

–Es un rato chiquito y ¡ya basta!

¡Pucha digo! Siempre sucede lo mismo. Abusando de mi inocencia siempre. Cuando los mayores no saben qué contestar, recurren a unas cuantas mentiras y enseguida te mandan callar. Porque en aquel ratito de Rita cabía un año para mí. Puede caber la eternidad también.

Un poco más allá de donde yo me estoy aburriendo, están mis otros hermanos, armando cada zafarrancho que ha puesto patas arriba el cuarto. Parecían contagiados de la electricidad del rayo. Gritaban y habían gritado tanto, que casi no les quedaba voz, y tanto se había plagueado Rita, que casi no le quedaban fuerzas:

—¡No, así no!, que te vas a sacar un ojo. ¿Por qué tendrán que jugar como locos? ¡Mi Dios! Esto ya no parece la tierra sino el infierno, y ustedes unos demonios con cola y todo.

—¡Rita! ¡Rita! ¡Julio me está llamando maricón!

—¡Sí, porque él me tentó primero!

—¡No seas pelotudo y jagua'í!

—El que lo dice lo es

—Con llorar nada se remedia, mi hijito.

No es que fuéramos demasiados. Nada de eso. Cuando salimos, no damos la impresión de ser muchos. Cada cual se va por su lado y lo más bien pasamos desapercibidos. Pero así, todos castigados por la lluvia, somos bastantes. Un batallón más o menos. Además, había que sumar a la abuelita, que casi nunca sale la pobre, pero lo mismo abulta.

Y lo peor es que hay que portarse como una niña buena y decir que sí a todos los no. Y todavía mejor que eso: debo portarme como una señorita, como si las señoritas no hicieran cada cosa a cada momento.

De veras que no los entiendo ni los voy a entender nunca. Para algunas cosas me dicen que

soy muy chica, por ejemplo, para las revistas. Resulta que primero me enseñaron a leer, haciéndome tragar veinte tantas letras del abecedario juntas, sin poder cambiarles el orden. Letra por letra, palabra por palabra, sin fallar en una coma. Y al final, cuando estoy en condiciones de practicar un poco, resulta que me han escondido hasta la última revista. Yo los dedos o leyendo de memoria mi libro de lectura. Total, para lo que me sirve ser instruida. Y cuando les conviene, quieren hacerme ver, sentir, pensar y actuar como si yo ya hubiera crecido.

—Y más bien aprovecha para repasar el catecismo y después la tabla del siete, que aún te sale torcida. ¡Ah!, y sobre todo, no peles con tus hermanitos. Que casi siempre me están buscando pelea.

Porque algo teníamos que hacer. No se puede pretender que así, de golpe, seis niños bien alimentados y en edad de correr, se conviertan en media docena de estatuas. Tampoco había derecho. Por más abogado que mi papá sea: ¡no hay derecho!

Claro que aquí iba a haber pelea, salvo que saliera el sol. Pero la cosa es que no sale. Una pelea que nunca se sabe cómo empieza, aunque sí cómo se acaba. Acaba siempre que mi papá entra gritando que nos dejemos de jorobar, que ya hicimos “eso otro”, también con jota, demasiado, que a la gran siete que somos hinchas, que basta ya y con cuidadito, porque ahora sí que van a ver

lo que es bueno, mientras daba vueltas con la mano abierta buscando a quién pegar primero.

Todo bajo la paciente mirada de Rita, que en tanto nos controla con la parte de arriba de sus anteojos, con la parte de abajo hace de costurera. Incluso Rita, siempre tan buena, se ha vuelto de repente, rezongona y mala. Lo que hacemos nomás, está mal hecho. Por cualquier cosita nos reta:

–Este muchachito mea que te mea el santo día –gruñía, mientras sus pechos robustos caían sobre mi hermanito, por poco hasta desaparecerlo, cuando se inclinaba para cambiarlo. Porque no había forma de quitarle la fea costumbre de hacer pipí donde no debía, ni el terror a la escupidera.

¿Cuándo será el día que no te hagas de todo encima? Yo ya estoy vieja para estos trotes. Ya no me da el cuero. Todo lo han de ensuciar. Miren un poco: ¡este cuarto parece un chiquero!

* * *

Desde la voz que rezonga mi nombre, veo a Rita, fija como en un retrato.

Rita... juntando cuatro ternuras se escribe Rita.

Rita... la otra mitad querida de mi pedazo de madre. Aunque a veces, también me fastidia tanto, que casi estoy por olvidar cuánto la quiero.

¿Y cómo no voy a quererla? Si yo no puedo recordar la vida sin ella. Si nos había cuidado desde que nacimos. Desde hacía tantos años, que ya no le alcanzaban los dedos para contarlos. Si detrás de cada tarde, de cada llanto, de cada velita apagada estaban sus besos. Cuántas noches la habrán visto sin sueño, pegada a nuestros catarras, a mis ataques de asma. ¿Cómo no quererla, entonces? Si todos mis recuerdos la recuerdan.

Y ahora sigue aún aquí, al pie del cañón. Acaso algo más desteñida. Un poco sorda, también, porque según mi abuela, el tiempo pasa sobre las personas y les va gastando un poco de todo: la memoria, la paciencia, los ahorros, la vista y los zapatos. Aunque eso sí, a Rita aún no se le acabó la dulzura.

Tiene los ojos negros del mismo color que la cara y que casi todos sus vestidos de salir y de entrecasa. Labios anchos, abiertos siempre para la sonrisa o para aquellos ronquidos en varios tiempos y en distintos tonos, que nunca dejaban dormir a nadie. A veces ni siquiera a los vecinos, cuando el viento soplaba hacia la derecha. Pero lo mejor de todo son sus manos. Así de grandes. Blanditas. Calientes. Nunca vi manos tan parecidas a panes. Debajo de su calor me refugié tantas veces. Eso es Rita. Un delantal de hule sobre el crujido de sus sedas viejas, un pañuelo amarrado a la cabeza y la voluntad dispuesta siempre. Porque nunca para hacer cosas de la

mañana a la noche. Y a veces hace como que no hace nada, para que mi mamá no la rete:

– ¿Pero qué apuro hay, Rita? Eso se hará mañana. ¿O acaso alguien la está corriendo? Ahora mismo se me va a acostar. Y si no lo hace por las buenas, entonces tendremos que atarla. Que pase buena noche, Rita.

Se levanta antes que el Sol, mucho antes que se levantaran las luces. Apenas amanecía, ya estaba sobre sus pies. Luego el día se le iba de un lado a otro, trajinando entre rezos, entre el calor o el frío, entre las sombras a veces, cuando le ganó la hora. Tratando de remediar tanto desorden y de tenernos a todos relucientes, impecables hasta del último recoveco, como a mi mamá le gusta que estemos. Y casi parece que nos sacara brillo, igual a la casa los jueves.

Porque aquí los jueves, se hace una limpieza a fondo, que nos incluye también a nosotros. Para sacarnos la suciedad semanal que se nos iba quedando pegada. Se arma un batifondo de escobas, plumeros y baldes. Por donde se nos mire quedamos con la casa chorreando agua. Se echan las telarañas del techo, se lavan los cuartos a baldazo limpio. Se frotan los pilares y detrás de cada oreja, y con minuciosa insistencia entre las partes privadas.

Esto es peor que una revolución –se quejaba mi papá, que andaba medio desatinado dando vueltas con el diario sin hallar dónde sentarse.

Y a veces más allá de medianoche todavía se escuchaba la paciencia de sus pasos siguiendo el

compás del péndulo que, cada cuarto de hora, alborotaba el silencio.

Yo no sé cómo hacía para estar en todas partes al mismo tiempo. Como si la hubieran cortado en muchas porciones iguales: un pedacito de Rita para cada uno. Y a veces querría que mi vida fuese larga, larguísima, para quererla toda la vida.

Solamente cuando llovía no aguantaba casi nada. Es lo único que la enoja de veras. Se le ponen tan tensos los nervios que parecía que alguien los estuviese estirando de las puntas.

—Cuando venga tu papá le voy a decir que ya no aguanto. Le diré que me voy mañana mismo. Antes de que me maten, me iré.

Pero nunca se iba a ninguna parte, por suerte, y sólo se ausentaba el ratito que empleaba en hacer pipí. Y cuando salía fuera de casa, era para oír misa todos los domingos y fiestas de guardar, porque ella sabe que, de no hacerlo, le pondría costar el infierno.

Lo que de verdad no entiendo es por qué Rita nos soporta tanto. Eso es lo que quisiera saber. Mi papá nos soporta porque no le queda otro remedio. Mi mamá por lo mismo. Pero Rita ni siquiera es nada nuestro. ¿Por qué nos soportará entonces? Aunque a lo mejor, si se empieza a escarbar un poco, también resultamos parientes. Por aquí casi todos somos parientes. O parientes, que para el caso es lo mismo.

* * *

Inútil averiguar si sale el sol. Por más que a cada rato registrara el cielo, por más que me empinara o me trepara en una silla, no aparecía y no aparecía.

¿Qué andaría haciendo? Me gustaría saberlo. Sería el colmo que se hubiera quedado dormido, como acaba de asegurarme mi padre. Eso me huele a cuento chino, pero no iba a ser yo quien le discutiera. Total, yo puedo decirle que sí y después pensar lo que quiero.

Mientras mis hermanos a ratos se revuelcan, a ratos aturdían con unos chillidos que deberían oírse todavía doblando la esquina, yo voy y vuelvo hasta la puerta de mi encierro, escuchándolos apenas. Casi no se puede andar sin meter los pies en algún embrollo. De pronto un jarrón se tambalea, cae, y que en paz descansa. Este cuarto va de mal en peor. Un instante más y capaz que revienta, y por nada del mundo quisiera pagar los cristales rotos. Salir era lo que necesitaba. Irme de aquí.

Del dormitorio paso al comedor, donde están mis padres con mi abuelita, seguramente hablando otra vez del prójimo, porque cuando charlaban los grandes era casi siempre para criticar alguna macana hecha por alguien. Nadie me escuchó llegar. No sé de dónde me vino

entonces aquella idea del espionaje, de alguna película, supongo. Lo cierto es que me encogí lo más que pude, hasta sólo hacerme un bultito bastante disimulado por la cortina, para cubrir las apariencias.

Seguir el hilo de lo que hablaban me costó un gran esfuerzo, no sólo porque palabras y lluvia me llegaban medio entreveradas, sino porque de repente todos se ponían a hablar juntos y no precisamente del mismo tema. Como una orquesta de tres músicos que te tocaran tres melodías distintas.

—Qué me dicen de esas polleras tan cortas que están usando las chicas, lo más arriba posible, mientras las blusas se las escotan hasta el ombligo. Y ni qué decir los trajes de baño: un retacito acá y otro a modo de cubre sexo, y a veces ni eso. Adónde iremos a parar con semejante desparpajo. Las muy hipócritas al entrar a la iglesia se tapan la cabeza y al salir se destapan otra cosa. A quién querrán engañar, porque a Dios no se lo engaña.

—No exagere, señora, que no es para tanto.

—No lo será para usted, evidentemente, a usted más bien le conviene. Todos los hombres son iguales, cambiando a la legítima siempre que pueden.

—Hasta el santo se calienta cerca del fuego, señora...

—Y por lo visto les fascina quemarse, toda vez que sea sobre hornalla ajena... Y de Martina, que se entiende con Lalo Cantero, qué me dicen.

Esa es otra que bien baila. Una mujer tan bien casada perder la cabeza así, por un badulaquito cualquiera. Y pensar que el marido es el único en ignorar sus propios cuernos.

–Vaya a saber si lo que dicen de Martina es cierto, mamá. ¿Acaso te consta?

–Me conste o no me conste, todo el pueblo lo comenta. Y donde hay ola, mi hijita, es porque hubo tormenta.

–Eso se hereda, señora. La madre ha sido igual, y parece que también lo fue la abuela. Y si no estoy calculando mal, y con todo el respeto que usted me merece, aquella ilustre matrona perteneció a su misma época. ¿O me equivoco acaso, querida suegra?

–¡Qué esperanza! En mi época había decencia. Aquellas sí que eran costumbres y no esta Sodoma y Gomorra. El marido ajeno y los curas eran sagrados. No sé cómo hay mujeres así, loqueando con cuanto pantalón se le pone a tiro, siempre buscando de quién agarrarse, aunque ese quién tenga sotana... En fin, que Dios nos ampare.

Yo calculé que pasaría un rato largo antes de que me descubrieran, pero por lo visto calculé mal, porque de golpe callaron todos, así porque sí, y el silencio comenzó enseguida.

Un silencio medio raro, medio traído de los pelos, demasiado silencioso para ser casualidad. ¿Por qué callarían siempre en la mejor parte? Sólo después vine a saber que no fue tanto porque sí, sino porque la sombra de mi cabeza había hecho

un movimiento sobre la alfombra. Era para no creerlo: traicionada por mi propia sombra. Mi sombra: un Judas cualquiera. Ni siquiera en las sombras se podía confiar ahora.

Para mal de mis pecados, aquellos seis ojos que en vez de color echaban chispas, se me pusieron a mirar y a mirar tan detenidamente, como si nunca en la vida hubieran visto ninguna niñita espiando. Me sentí tan sola, entonces, tan en desventaja, tan Caperucita frente al lobo, que me dio lástima de mí misma.

Y después sucedió lo que tenía que suceder: todas las bocas se abrieron juntas y me acribillaron a sermones, sacando a relucir su interminable colección de reproches: que salga inmediatamente de allí y que venga aquí, que qué es eso de andar espiando, que tanto esmero por educarme y miren un poco lo que les vine a resultar, que me darían mi merecido dejándome sin postre tres días, incluso hasta cinco, sólo de mí dependía, y que mi merecido entraba en vigencia ya, para que vayas aprendiendo.

Y mientras tanto yo, ahí parada, sin poder cambiar los ojos del frente, con la cola entre las piernas y en posición de firme, como me han acostumbrado a recibir los retos. Con ganas de que todo acabara pronto, por aquellas otras ganas que tengo, como de ir enseguida al baño. Ninguna casualidad. Una vez pasado el susto, siempre me quedan las ganas. Y sabiendo que no puedo ir al baño por más que lo tuviera a un paso, y

escuchando tanto clic clic de las canaletas, más ganas todavía. Ya estoy por hacerme encima.

No sé cuánto duró aquello ni cuánto más me dijeron, lo cierto es que apenas terminaron, les grité: nunca más, lo prometo, les juro por lo que más quieran, y me disolví en las tinieblas.

* * *

Había mucho silencio cuando volví. Parecía una misa donde sólo estuviera faltando el cura, porque habían puesto las caras igual que en la Iglesia. La lluvia era la única que no perdía el entusiasmo y tampoco daba señales de perderlo todavía.

Casi por contagio nos empezamos a aburrir todos y todos de distinta manera. Mi abuelita bostezando todo el tiempo, cada vez con más boca. Por momentos sólo boca era su cara y hacia arriba, los ojos en blanco. Mi papá comía el humo de un cigarrillo tras otro, masticándolo largo rato, para soltarlo luego por las narices. A sus pitadas se enredaba siempre una posecita seca que mi mamá miraba con mala cara:

–Últimamente fumas demasiado. Un día de éstos...

Hay gente que sólo fumando puede pensar y mi papá era uno de tantos. Con el cigarrillo en la boca ya había escrito tres libros. Debe ser difícil

abarcar todo al mismo tiempo y ser un escritor, un político, un profesor de abogacía y un padre de seis hijos. Pero mi papá no parecía costarle ningún trabajo.

No me eches las cenizas en el suelo que para eso hay cenicero –le recomendaba mamá de vez en cuando, mientras sus incansables agujas le daban fuerte al tejido: un punto, derecho, el siguiente, torcido. Ni siquiera para hablarme sacó la vista de allí:

–No pongas esa cara que no es para tanto. Hay que mirar también el lado bueno de la lluvia, lo bien que le hace a las plantas..

¡Qué disparate tan grande! Tendría que haber dicho: lo mal que les está haciendo. Si no había más que verlas para comprender su tristeza. Ramas y hojas chorreando, los árboles de más lejos hechos una lástima. Tan cargados de agua que no podían siquiera levantar cabeza. Torcidos. Casi tocando tierra.

Lo que pasa es que últimamente mi mamá anda con la mirada corta y apenas si le alcanza para ver aquí cerquita. El resto, forzosamente, tiene que adivinarlo.

Después, cruzados de brazos y la lluvia de por medio, nos quedamos como esperando que alguna solución llegase pronto, pero lo único que llegó fue el mediodía. Y después también se acabó la tarde, sin pena ni gloria, sin que hubiera ninguna variación entre una hora y otra. En todas llovió con gotas tan iguales, que apenas se pudo distinguir las tres de las siete. Un día que se

escurrió hasta la última gota, como el agua que va cayendo de la canaleta.

Poco a poco, una oscuridad cargada de sombras fue entrando en la casa. Primero borroneó las cosas, un rato después, las personas y al final, ni yo misma podía verme. Enseguida de encenderse las luces, las sombras eligieron pareja y se pusieron a bailar sobre las paredes, ni más ni menos que se hubieran sido pistas de baile.

Resulta que uno está apenado, como nosotros ahora, y ellas, métale bailongo. Bailando. Bailando. Dentro de un instante apagarán la luz y tendrán que irse solamente. Quieran o no quieran. Lo mismo que estos bichos tan pegajosos y tontos que creen que la luz eléctrica es el sol. Ni la peor de mi clase creería eso.

—Ya es hora. A la camita todos.

Había que dormir siempre y siempre era un fastidio. Aunque a lo mejor era también el fin del mundo y lo más prudente sería que me agarrara en la cama. Hay que desvestirse, quitarse la ropa, los zapatos.

Los zapatos truncan la sangre del cuerpo —dice Rita—. Y es de mal augurio dormirse vestido. Sólo los muertos lo hacen.

Habría que rezar, cerrar los ojitos y tratar de dormir, contando quién sabe cuántas ovejitas. Mañana será otro día. Pero apenas me acostaba, la lluvia me crecía en las orejas. Gotea. Me inunda. No la aguanto más. La detesto. La aplasto contra la almohada. Estoy tan intoxicada de lluvia como aquella vez con las guayabas. Estoy por

vomitarla. Ojala esté bien lejos de aquí antes de que amanezca. Ojala se muera esta noche misma.

Mucho tiempo estuve buscando el sueño, boca arriba, boca abajo. Pero, ¡qué altos párpados!, ¡qué difícil cerrarlos! ¿Se me habrán vuelto panzones de tanto escuchar a los sapos? El cuarto se repleta de humedad y de ronquidos. Mientras tanto yo no duermo. Yo continúo escuchando. Cada vez que la lluvia venía, yo me iba alejando; un poco primero, después más lejos. Subo dos escalones y entro a una oscuridad distinta a la que mis ojos acaban de dejar. Hay mucha neblina o humo o no sé qué. ¿Habrá estado mi papá por aquí fumando? No. No era él sino otro señor que en vez de pelos tenía rayos en la cabeza. ¡Era el sol de mi libro de lectura!

No debes despertar de noche porque seguirá lloviendo –me previno y su voz pareció abarcarlo todo.

–Volverás a dormirte y a despertar de noche y seguirá lloviendo. Tienes que darme un poco de tiempo. Debes dormir de un tirón para que yo pueda trabajar tranquilo. Cuando el cielo se haya vaciado de nubes. Cuando ya no quede ninguna, sólo entonces empezaré a brillar.

Y fue como si dentro de aquella lluvia encontrara por fin un lugarcito seco.

Supe que había dormido porque algo me despertó. Primero esa canción tan gastada que cantaba Rita las veces que barría el patio. Y después... ¡EL SOL!

¡Qué maravilla despertar con el sol sobre la cara, recorriéndome la piel en angostas rosquillitas! Sí, está ahí, chapoteando entre la tierra inundada. Un poco languiducho todavía, un poco pálido, pero procurando hacerse un sol entero. Y la lluvia ya no era lluvia, sino distancia.

Con el sol he nacido de nuevo esta mañana. Todo se me iluminó de pronto. Y también habían vuelto los pájaros...

VI

He crecido bastante en estos últimos meses y eso tiene sus consecuencias: le estoy quedando grande a casi toda mi ropa, y demasiado chica a casi todo el resto.

No sé cómo has podido alargarte tanto –me reprochaba mamá, como si el estirón hubiera dependido de mí solamente.

A este vestido se le acabó el ruedo y a este otro también. Ni siquiera les sobra para el postizo. Así sólo podrán servirle a tu hermana –decidió después, dando la cuestión por terminada.

Y ahora, cuando ya se había callado, yo seguía en el rincón dándole vuelta a sus palabras, las piernas medio recogidas, la cabeza apoyada en ellas, como la apoyaba a veces, cuando me sentía triste.

Porque no era la primera vez que me rodaban, y quién sabe si sería la última. Lo mismo había

pasado con el vestido verde y con aquel alforzado tan lindo y hasta con el último de mis zapatos. Y todo por esa costumbre de la herencia que existe en la familia. Son tantas mis hermanas, que siempre hay una más chica respirándome en la nuca y esperando turno para picotearme algo. En cambio, a mí nunca me tocaba nada, más que ser la paganini siempre. Porque en orden de nacimiento soy la mayor entre las mujeres, y ¿de quién podría heredar entonces?

Pero la paciencia no está entre mis virtudes, y a menudo el carácter se me pone parecido al de un alacrán cuando le pisan la cola. Aunque me hubiera encantado tener también su veneno. Junto y voy juntando rabia sin abrir la boca y, cuando me llega hasta la coronilla, tengo que reventar solamente. Y como el alacrán, me defiendo atacando:

¡Todavía no están contentas con todo lo que me han robado, ladronas de porquería, barriles sin fondo! –chillé, mientras pateaba el suelo–. Pueden quedarse también con la enagua y con toditas mis bombachas, si quieren. Por eso mismo se irán de cabeza al infierno, cuando se mueran.

Primero mamá se me quedó mirando con cara de querer mandarme a algún lado, pero luego, como si hubiera recuperado la calma antes de perderla, ya que es la compostura con que la da una palmada a mi hermanito para hacerlo eructar:

Bueno, bueno, ya basta. No sigas protestando y menos en ese tono, que no se trata de ningún robo. Además recuerda bien que dar no es

suficiente cuando no se da contenta –remató con ese tono de sermón que usa cuando le está copiando a la Biblia (su manía predilecta, además de ver suciedades por todas partes), de donde extraía las más inesperadas moralejas, tan justitas como anillo al dedo, para indicarnos lo incorrecto.

Hasta eso. ¿Qué más querían, eh? Que gritara ¡viva la pepa!, ¿mientras me desplumaban? Eso si que no. No, gracias.

–Y si no quieren oírme, tápense las orejas con algo, porque yo voy a seguir gritando hasta cuando se me dé la gana!

Y ahora estoy esperando salir de la penitencia para empezar otra vez.

Nunca pensé que creer fuera a costarme tantas peleas, tantas desdichas. Porque así ando últimamente, como dolida de una pena no ubico en ninguna parte, como llena de una tristeza a punto de derramarse siempre. Entonces me salen lágrimas y sobre todos mocos. A montones. Igual que si llorara con la nariz.

Y como si no fuera ya bastante y para completar la desgracia, a eso se le venía a juntar lo que me está sucediendo por dentro. También por ahí me van de mal en peor las cosas. Desde hace días tengo extraña impresión de haberme cambiado por otra, otra que después de haberse instalado como si yo fuera su casa, se había puesto a trepar en forma tan apretada, que parecía más bien una enredadera. Sea quien sea, es una intrusa quien se ha puesto en mi lugar, con mi

nombre, con mi cara sucia y hasta llegando al colmo de mirar con mis propios ojos.

¡Qué lejanos y qué solos parecían estar mis juguetes!, sin nadie que jugara con ellos. Si, han cambiado mucho las cosas, y yo también había cambiado.

Ya no soy aquella niña que durante años vivió conmigo, sin que yo me diera cuenta. Cada vez la siento más lejos. Cada vez lo siento menos. Como si a cada rato la estuviera perdiendo un poco. Pero de repente no tengo ganas de perderla. Necesito ver su sonrisa, su mirada de juguete. Apretarla bien fuerte.

¿Qué querrías ahora? –le pregunto ansiosa– . Haré todo lo que se te antoje. Cualquier cosa.

Entonces corro y me trepo a un árbol y me cuelgo de cabeza, con el ombligo al aire y los calzones abombados, para ver de revés al cielo. Me hago el mono allá arriba, durante mucho rato, para que esté contenta. Quiero que se vaya del todo, pero también quiero que vuelva. Yo se qué.

Ni yo me entiendo, ni me reconozco a veces. Ahora mismo, hubiera podido irme a jugar con las demás chicas, pero como todavía ignoro quién soy decidí quedarme.

Por la ventana entraba una mañana hermosa. Tanta claridad entraba, que el cielo parecía estar lloviznado luces. Suspiré al mismo tiempo que el sillón de mimbre.

Hoy no me iré a jugar con ustedes porque tengo dolor de barriga – me excusé, acercando la cabeza al marco, y entonces vi cómo mi mentira

se fue resbalando de a poco, para finalmente perderse entre el canto de las chicharras.

También a mi voz se le había cambiado el tono. La oigo con aquel sonido medio afónico que se le pone a mi papá después de haber fumado mucho. O tal vez como si me hablara desde un pozo muy hondo.

¿Será que por ese mismo pozo se me está cayendo la infancia?

¿Será que así se empieza a ser señorita? Me miro en distintas poses. Me reviso cosa por cosa. Sin novedad en el frente. En la retaguardia tampoco. Ninguna variación entre mi yo de hoy, de ayer o de anteayer.

Para qué me voy a engañar, completamente señorita no soy. Sería pretender demasiado. Sería casi como soñar despierta. Porque para eso se necesitan tener cosas que yo todavía no tengo, y antes que nada: haber perdido la inocencia.

¿Acaso para salir de ella era suficiente saber que hombres y mujeres son desiguales, que era lo único que yo sabía? Y no solamente en que las mujeres estamos mejor hechas y en el largo del cabello y de las penas, sino que el hombre tiene algo que las mujeres no tienen, y lo llevan colgado siempre, desde que son bebidos. Diferencia que, por supuesto, se va agrandando, a medida que se agranda el dueño. Y aunque esto al final no resultó ser un defecto, como me lo pareció al principio, tampoco era descubrir América. Salta a la vista de cualquiera que haya visto un recién nacido o a Don Cepí, nuestro

jardinero, que tiene la mala costumbre de bañarse con la puerta abierta.

Pero acaso no fuera tan inofensiva la cosa y sirviera para mucho más que estar estorbando. ¿No tendría también algo que ver con el sexo? Vaya uno a saber lo que habrá detrás de eso. Yo todavía lo ignoro. Aunque mis sospechas tengo.

La verdad es que a este paso de carreta me ha de estar faltando como de aquí hasta el cielo para llegar a señorita. Sin embargo, me hubiera gustado tanto serlo, aunque fuera por un ratito: saber qué se siente sobre los tacos altos o llevando ese artefacto llamado corpiño.

Ya no sé a cuál santo rogarle, en secreto, para que estos dos chichones tipo piedra que tenía en vez de pechos, me salieran hacia afuera y me abultaran un poco. No tanto como los de Rita, claro, tan descontrolado y siempre listos a saltar sobre su escote, en el menor descuido o suspiro. Pero igualitos a los de Susi, del mismísimo tamaño y altura, de veras, me hubiera encantado.

—Mamá, ¿por qué Susi ya está usando corpiño y yo todavía no?

—Porque todavía no tienes qué guardar adentro.

Claro, yo voy creciendo hacia arriba, que es un poco avanzar hacia atrás, y en las tres dimensiones peores: a lo largo, angosto y chato. Mientras que Susi, sin perder ni un segundo, se ha venido rellenando en pechera y trasero, que es crecer como Dios manda. Ella sí es como es debido que sea. Y cuando comparaba, y veía lo poco que ya tenía, me entraban unas ganas tremendas de llorar o de ser hombre.

Siempre había algo más, siempre algún detallito y así sucesivamente. De manera que aquí estoy, pero sin estar nunca completamente lista. Demasiado verde todavía. Por ahora, apenas un proyecto. Ni chicha ni limonada. Lo más bien podría firmar N.N. y, ¿a quién le importaría? A nadie. Y a los mayores menos que a nadie. Ellos no parecían enterados de nada, ni que les importara tampoco. Continúan viéndome criatura. Criatura.

¿No se daban cuenta acaso que los ojos me están quedando chicos y se me agrandaron las orejas por querer saber cosas nuevas? Ando de curiosidad en curiosidad, saliendo de una para meterme en otra. Necesito un poco de ayuda. Alguien que me desenrede. Pero los grandes no me dejan entrar al mundo donde ellos viven. Se les habla y es como haberle a la pared de enfrente. Están en otra coa: que si subió la nafta, que si bajó el dólar. Cada vez más lejos, más alto, por las nubes, casi. Y ni siquiera se quieren agachar para escucharme. Esta bien que no se agache la abuela, que sufre de lumbago y reuma y

tardaba semanas enteras en poder enderezarse de nuevo. Pero, que yo sepa, todos los demás están sanos. ¿Y entonces?

Entonces no me quedó otra alternativa: lo poquito que sé, tuve que aprenderlo sola, siendo mi propia maestra. Un poco escuchando a escondidas, otro poco espiando...

No te preocupes, todos los padres del mundo son igualitos, cortados por la misma tijera –me consolaba Susi, la mejor de mis amigas y la única con quien se me desataba la lengua –. Tienen la mala costumbre de enseñarnos con inventos. Si por mis padres hubiera sido, yo continuaría siendo una analfabeta. Capaz hasta piensan que todavía sigo creyendo esa historia de la cigüeña o la farsa de los tres reyes. Ni que fuera yo de esas monjas descalzas.

Y de pronto a mí se me escondió la lamparita:

¿Y entonces, cómo nacen los niños si no hay ninguna cigüeña? –tartamudeé mordiéndome las uñas.

Según tengo entendido, por donde las mujeres hacemos pipí –aseguró, poniendo voz de doctora –. ¿No lo sabías, acaso?

No le dije ni que sí ni que no porque me había quedado muda, pero interiormente pensando y sintiéndome cómo se habría sentido aquella vez el camello frente al portón de la aguja. Por aquel espacio tan chico tener que salir una

persona entera, aparte de ser grosería, era algo que obligaba a pensar mucho.

Durante días estuve pensando mientras no dormía o comía apenas, tratando de acomodar las cosas en mi cabeza: para arriba, para abajo. Para ningún lado hubo caso. Y conste que la imaginación es mucho más elástica que la vida real y yo podía estirla y retorcerla hasta donde se me diera la gana.

Después de haber fracasado en el primer intento y en el segundo y en la oscuridad, para que me creyeran dormida. Después de hacer todas las pruebas mentales, casi casi me llegó a salir. Pero no. Al final, hasta la mitad más o menos salió, mientras el resto se quedaba adentro. Trancado.

Con razón dolía tanto el parto. Con razón, apenas unos meses antes, esa amiga de mamá que acostumbra dar a luz con la puntualidad de una iglesia, por poco se muere, alumbrando. Y hasta tuvo que ser auxiliada con los sacramentos y todo. Si a mí me dolía de sólo pensarlo. Por eso acabé dejando las cosas así como estaban. Porque pensar hasta el cansancio no conduce a nada bueno. Y marea demasiado.

Que una idea traiga otra es muy natural. De lo que ni yo ni Susi sabemos nada es de cómo se hacen los niños. Aunque Susi sospechaba que no era solamente con brazos y besitos. Y un poco por contagio, yo también. Suponemos que esa forma se comienza, entonces nos está faltando la continuación. Lo cierto es que tuvimos que hacer

de todo para enterarnos: buscar en el diccionario, juntar nuestras confidencias, desgraciadamente sin ningún resultado.

Fíjate bien –me decía Susi, que yo no sé por qué ganaba lejos en aquello de fijarse bien y ver cosas donde yo no veía más que confusión. Y cuando por ahí yo tenía una idea, ella automáticamente, tenía dos. Era como una caja de sorpresas para mí.

–Fíjate que las casadas nunca se acuestan sin tener un marido al lado. ¿No te parece eso muy sospechoso? Además, ¿por qué no se admiten parientes en el viaje de bodas? ¿Eh? Seguro cuando están solitos suceden cosas...

Y como yo también debía opinar diciendo algo, a veces decía que sí, y a veces que no, según los casos.

– Será mejor que se lo preguntes a tu hermano Julio, él ya va por la secundaria y por lo tanto ha de dominar el tema.

– ¿Y si me manda a freír papas?

– No, no lo creo. Además, nada se pierde intentando.

Aunque no resultó tan fácil averiguarlo, porque lo que parece tan sencillo en apariencia, se hace enormemente complicado en la práctica. Entre me animo y no me animo pasaron semanas enteras. Pero como las esperas largas me han desesperado.

Había que esperar, sin embargo, el momento del silencio. Los silencios son importantísimos porque casi nunca existen en mi

casa. Esperé que la siesta se llenara de silencio y que todos los cuartos de los muebles y uno que otro ronquido desafinado de Rita. El bulto de una vaca dormía lejos. Hasta los árboles cabeceaban igual que personas con sueño. Sigilosamente me fui arrimando al lapacho aquel, medio encorvado, que saca sus flores por encima del vecino.

¡Hola hermanita! ¿En qué puedo servirte? –me preguntó Julito desde la rama donde estaba encaramado.

Me sentí tan avergonzando de la pregunta antes de hacerla, que estuve punto de salir corriendo, y la sonrisita que intenté para disimular un poco, me salió tan falsa que más habrá parecido una morisqueta.

Necesito saber una cosa, Julito – le dije, después de haber tragado saliva dos veces y acercándole la voz lo más posible, de modo que nadie me oyera.

¿Para qué otra cosa les sirve “aquello” a los hombres, aparte de para hacer pipí?

– ¿Estás haciéndome una adivinanza turbia o qué?

– Te estoy hablando en serio...

– ¿Ah, sí? Pues con toda seriedad te contesto: exactamente para lo mismo que “aquello” les sirve a las mujeres: para hacer hijos. Pero eso así sí, después de haber hecho el amor...

Se quedo esperando un ratito, a ver si yo captaba del todo, luego, viendo que no hacía ningún comentario, continuó, poniendo sus

piernas en diferentes ramas y unos ojos muy pícaros.

– No son amores muy santos, que digamos, pero tampoco tiene nada de malo, siempre y cuando no se hagan las cositas antes de estar casados. Ni es para que te pongas colorada. Con decirte que ni siquiera es pecado. ¿Acaso Dios mismo no ha mandado tener hijos por docena?

– ¿Quiere decir entonces que es obligatorio...?

– Seguro, seguro, tan obligatorio como el servicio militar, pero no tan aburrido.

– Entonces, todos los papás del mundo deben hacerlo, ¿también los nuestros?

– ¡Claro que sí, pavota!, si no ¿cómo te crees que has nacido? ¿Del Espíritu Santo, acaso? Ja... ja... ja...

Durante largo rato me quedé allí plantada, oyéndolo decir aquellas cosas tan feas, sin saber dónde poner los ojos, sin saber dónde meterme. A los pies de Julito que hacía bambolear el árbol entero con sus carcajadas, pero infinitamente lejos, mirando los agujeritos de cielo de todos los celestes que asomaban entre dos ramas, que a la vez de ramas, de repente... ¡eran mis padres en actitudes obscenas!

De los momentos siguientes sé muy poco, sólo que empecé a correr y correr, al revés de donde estaba la casa, como si escapando lejos hubiera podido arrancar esa porquería de mi cabeza. Pero la veía igual, igual que si viniera conmigo. ¡No puede ser cierto! ¡No puede ser! A mis costados pasaba el viento, pasaban árboles que en lugar de hojas tenían ojos por todos lados. De todo aquellos ojos tenía mucha vergüenza. De mí misma también; hasta Dios que siempre me está mirando por dentro. Vergüenza deberían tener ellos. No podía creer que mis padres, siempre tan buenos, que ni siquiera permitían que habláramos con malas palabras, fueran capaces de tanto. ¿Cómo se habían podido prestar para semejante cosa? Me había imaginado muchas formas, menos ésa. Y si era la única manera de hacerlos, entonces los hijos deberían estar prohibidos.

El camino, lleno de jorobas y pozos, seguía, pero no igual. Todo parecía de pronto estar detenido. Sólo yo iba corriendo corriendo... y algunas nubes arriba, como si tal cosa. ¿Me estarían jugando carrera? Si pudiera llegara hasta la heladera para tomar un vaso de agua. Me estoy muriendo de sed. Si pudiera limpiarme estos pensamientos. Para eso tendría que lavarme bien la cabeza, bañarme lo antes posible, mudarme de ropa también, porque me siento sucia, con una mugre de varios días. Pero ¿dónde me iba a bañara? “Y cuando se encierran los picarones no

duermen, sino que pasa lo que tiene que pasar. ¿La abuelita? La abuelita también para que lo sepas. Aunque los gatos por ejemplo, pueden hacerlo en cualquier tejado, a la vista de todo el mundo. Los animales no tienen vergüenza”. Mis padres, por lo visto, tampoco. No quizá no lo hagan siempre. “Claro que siempre”. Sólo de vez en cuando. “Siempre”. Algunas veces. A lo mejor, nunca. ¿Ahora mismo? “Ja...ja...ja”.

Después de todo, a mí qué me importa. Por mí que se mueran. Papá seguramente me dejaría apoyar la cabeza contra su pecho, para desahogarme a gusto, la cantidad de llanto que yo quisiera, hasta la última gota de esta tristeza. Pero al ver su rostro masculino, lleno de barba puntiaguda, enseguida me vendría “lo otro”, ¿cómo entonces podrían acudirme las lágrimas, si lo que siento ahora es asco? Todos los mayores me dan asco. Incluso la mosquita muerta de mi abuela que torcía siempre la boca y toda ella se torcía cuando hablaba de la honra. Mírenla un poco, con esa cara de sin mancha de pecado original y por detrás, haciendo sus cochinadas con el abuelo. Y a la vezjez viruela. O tal vez me encontraría con los ojos de mi mamá que parecían pasar revista a mi alma y hacer con esa mirada, dónde ponerla. “No debes hacer un mundo de algo tan natural”, apuntaría mi meterete abuela. Todos me dirían cosas, pero ya es demasiado tarde. Casi se ha ido el sol, y sin embargo me aplasta como si apoyara todo su peso sobre mi pecho. Lentamente se aflojan las luces, lo mismo

que mis piernas. Estoy demasiado cansada para seguir pensando. Lo único que quiero es encerrarme, no ver a nadie, mudarme de casa, irme a un lugar donde nadie sepa quién soy ni mi nombre. Quiero ser huérfana.

Eran muchos, y la puerta no alcanzaba para todos, sin contar a los más chicos que corrían a través de las piernas. Y yo allí, sin saber qué hacer con la cantidad de ojos que me revisaban juntos. Todavía parada, quién sabe con qué facha, aunque balanceándome como si fuera a caerme en cualquier momento. A ratos los veo, a ratos dejo de verlos, igual que si yo no estuviera allí o como si ellos estuvieran en otra parte. “¿Se puede saber dónde te habías metido? ¿Por qué tardaste tanto en volver? Casi nos volvimos locos esperando. Ya no son horas de andar afuera. Te hemos buscado casa por casa, empezando por la de Susi. Que sea la última vez, chiquilina. Pero, ¿qué te pasa? Estás muy pálida, demasiado ojerosa. ¡Por Dios!, ¿qué te pasa?”. Me han pasado tantas cosas que mejor quisiera dormir. Hubiera querido decirles, pero las palabras no me pudieron salir; me costaba juntarlas.

Alguien me toca la frente, una mano helada sobre mi piel ardiendo y una voz casi gritando dice que tengo fiebre. “Debemos acostarla, pobrecita. Miren cómo tiembla”. Casi arrastrada, atravesando voces y cuchicheos, me conducen a un sitio blandito que parecía ser un pesebre. “¿No será que tus primos te mudaron sus paperas? Es lo único que ya nos faltaba para aguarnos el

verano”. ¡Qué paperas ni qué ocho cuartos! Tengo una enfermedad peor que la papera, peor que la viruela, y no podré curarme nunca porque es incurable. Hubiera querido decirles aunque nada dije. De los ojales salieron los botones. Me fueron sacando del vestido como si éste hubiera sido de cáscara y yo, una banana, para enseguida frotarme con linimento. “Esto te hará mucho bien. Pronto te sentirás como nueva”. Nunca antes me había sentido tan vieja.

Y luego en la oscuridad era como estar lejos, como ir en tren cada vez más lejos, y más sola también, porque a último momento la niña no se decidió a venir. Acabo de dejarla en alguna parte. No sé. Debajo de alguna piedra. Dos veces me levanto para traerla y las dos veces vuelvo a caer, feliz de morir por fin. “Parece que por fin se durmió”. ¿Quién había dicho que la niña se fue?, si ahora mismo está llegando a mi sueño, y yo me siento sana otra vez. No, no se fue. Una parte de esa niña, la parte más grande de ella se quedó conmigo. Y aún hoy sigue estando. A pesar del tiempo.

VIII

Hace toda una vida que la estoy buscando, guiada tal vez por mi desamparo, por la necesidad de sentirme menos sola, por este poco de esperanza que me tiene aún de pie. Soy tan frágil todavía, tan indefensa. Por mí no ha pasado el tiempo ni me está permitido envejecer. Sigo teniendo puesto el delantal a cuadros y la misma edad que ella tenía cuando me abandonó. Cuando a pesar de todo tuve que dejarla ir para que dejara ella de ser niña.

No la he vuelto a ver desde entonces. ¿Quién era ella los años después? Esos años que para mí fueron seis, fueron diez, fueron años enteros de ir por la vida esperando tan sólo que me recordara, que alguna vez soñara conmigo. Tan poquito hacía falta: un solo pensamiento suyo hubiera bastado para que yo volviera.

Pero no renuncio. No dejaré de buscarlas ni aunque sea invierno y soledad mi única compañía. Seguiré revisando las calles, adivinando su cara...

Hasta aquí me detuve, en esta casa, en esta noche de Año Nuevo, sintiendo en alguna parte de mí misma, algo así como una llamada lejana, un te necesito urgente, una sensación como de extrañar aquellos años nuevos viejos que no habrán de pasar para mí.

Entonces me detengo. Ahí están otra vez los cohetes. Otra vez como ayer están los tiros y,

sin embargo, nada permanece ya ahora en su sitio. Todo lo encontré confundido. La casa no era más nuestra casa ni son los mismos rincones.

¿Por qué ese lugar vacío donde antes hubo aquel zaguán que jugaba con nuestras he mirado tantas veces, un poco de sol en el patio, ese largo trencito de cuartos y allá, al final, la cocina?

¡Oh, Dios! ¿Dónde se ha ido a parar todo eso?

Mi casa es ahora un baldío, una herida cuadrada en la tierra por donde sangran nuestros recuerdos.

Y al final, ¿qué importaba que ya no fuera la misma casa, si tampoco ella era ya la misma?

Quién sabe cuántos días con sus noches la busqué, tratando de encontrar otra vez a mi niña, y de pronto descubro allá, en el fondo del jardín, que una mujer ha ocupado su lugar. Podría muy bien ser mi madre ahora y, sin embargo, es ella. Soy yo. Sí, aunque parezca mentira, soy yo.

Lo supe cuando de pronto, como si ella estuviera viendo dentro de mis ojos el horror de lo que yo había visto, empezó a dar gritos angustiados, que yo me oigo repetirlos en un ayer lejano, y a decir lo mismo que dijo cuando aún estaba conmigo. No la hubiera reconocido de no haber sido por eso.

Yo podía tocar aquel miedo, sentirlo una vez más sobre mi pecho. Un miedo hondo que se pierde y luego se lo vuelve a encontrar cualquier día, en cualquier rincón del camino, porque nunca se ha ido del todo. Porque quedará ahí para

siempre. Todo está ahí, en esa cicatriz transparente por donde yo veía.

Sacando lentamente el miedo sobre el canto de la ventana, veo la revolución allá afuera. La espiamos largo rato.

Así que esto es una revolución. Hasta ayer yo no sabía siquiera que existiese esa palabra. Me queda tan alta que mis pocos años no la alcanzan todavía. Tampoco sé qué significa morir. Sólo que se morían los muy viejos o los muy enfermos o algún perro de vez en cuando. Y luego que están bien muertos y mejor vestidos, son llevados a la Recoleta en unos cajones largos que apenas si cabían por la puerta de la calle. Eso también sé, además de que siempre eran viejos los que se morían.

¿Por qué tuvo que morir entonces el soldadito descalzo?

Aún no se ha acabado el invierno. Aún están aquellos pies sin zapatos. Aún puedo escuchar los gritos. Pero el grito del soldadito era el más triste de todos. Ese aullido largo, demasiado largo, del que no quiere morir, del que hace esfuerzos por conservar la vida.

Ya no soy capaz de recuperar su rostro. Ya ni sé qué color de pelo tenía.

Sin embargo, el grito me ha quedado casi intacto. Hasta hoy me lastima. No. No importa

cuánto tiempo haya pasado, allí donde suene un tiro, lo voy a seguir escuchando.

Juntas lo vimos arrastrarse por las sombras, apoyándose en el temblor inmóvil de las murallas, contra mi propio temblor y el de mi muñeca negra, en ese deseo joven de vivir casi tan fuerte como su muerte.

El pobre quiere seguir un poco más, llegar cuanto antes a su casa, tan remota ahora a través de sus heridas. Y cada paso le costaba tanto y tanto como si no tuviera pies, sino dos bolsas. Así y todo, procura; endereza el cuerpo encogido para volver a tropezar de nuevo. Una y otra vez hace el intento. Espera todavía algún milagro. Yo también lo esperaba; hubiera dado cualquier cosa a cambio. Desesperadamente lo espero. Pero él miraba con vacilante tristeza esa distancia que parecía estar mucho más lejos que sus pasos siempre, parecía estar mucho más lejos que sus pasos siempre, que parecía se fuera agrandando a medida que se achicaban sus fuerzas y sus esperanzas. Mientras por aquí y por allá iba dejando aquel caminito de sangre.

Sólo pudo dar dos pasos más, y el cuerpo se le fue resbalando despacio, contra la pared amarilla de esa señora que cose, aquí mismo enfrente, como por sobre una cáscara de banana. Y entonces él comenzó a morir y yo hubiera querido no estar ahí viendo, sino en mi plaza, y jugar y correr hasta no sentir más que dentro de mí algo también se estaba muriendo.

Pensé que si rezaba, alguien de arriba me daría auxilio. Desde aquí le recé entonces a la Virgencita que estaba allá, en mi cabecera, como mirando dulcemente para donde yo dormía. Y después, cinco veces seguidas le recé al ángel custodio del soldadito, esa especie de policía con alas que nos pone Dios apenas nacidos para cuidarnos la vida. Pero por lo visto no estaba nadie en su puesto, porque el pobre se siguió muriendo.

Y más que sentir su muerte, fue como si la tuviera aquí, apretada contra el pecho. Hay chillidos en mi garganta. Otra vez me ha vuelto el asma y me comienza este jadeo incontrolable que cada instante se me agranda un poco más, hasta no caberme dentro. Me asfixio. Intentaba respirar y tampoco podía. También me siento morir tras la ventana.

Entonces comprendí que era mi vida, toda mi pequeña vida la que estaba saliendo por aquellos labios, junto al resto de sus palabras: algún mamá, después me pareció escuchar agua, y mamá otra vez, mamá muchas veces, como si en la ternura de las cuatro letras terminara todo su esfuerzo.

Y todavía el fusil en los brazos, igual que si cargara un niño. Todavía aquellos ojos fijos en nada que reaparecen de pronto, me acechan, se acercan de una manera obstinada y los siento de nuevo aquí, ¡Dios mío! ¡Aquí!

¿En dónde estaba ahora aquella muralla?

¿Aquel atardecer que se diluía entre rosado y negro?

¿Aquel grito ya detenido que, sin embargo, sigue gritando?

¿Aquella muerte del soldadito?

Yo misma, ¿dónde estoy ahora?

En algún lugar de la oscuridad sonaron de nuevo los tiros, y de nuevo la vi encogerse, mirar a lo largo del jardín en sombras, como si a través de ellas pudiera ver el rinconcito de tierra donde pusimos un día los restos del soldadito.

¿Qué mira? ¿Acaso allá la noche bruscamente iluminada de cohetes? No. Ha quedado al borde de ese viento lleno de gritos. No puede salir de la ventana aquella donde apenas tenemos seis años.

¡Era tan extraña para mí aquella señora! La sentía tan grande y me hacía sentir tan diminuta! Me pierdo buscándome en ella. Me busco en su pelo, en cada una de sus facciones. Me podría pasar la vida tratando de encontrarme y no me encontraría, porque ya no queda nada de mí en ninguna parte de ella. Y, sin embargo, es ella... Sigue siendo ella. Soy yo. No la misma que soy ahora, claro, sino ese pedazo de mi propio cuerpo que se fue más allá del mío, que vino creciendo noche a noche, haciéndose mujer cada instante. Mientras yo dormía acurrucada en mi inocencia

para volver a soñarla niña. Porque era preciso tocar la punta con los dedos, llegar hasta la misma cima, hasta donde yo no sabía cómo llegar, hasta donde no llegaría jamás.

En vano trato de contemplar el último instante de nuestra vida juntas, porque no hay un instante último. Pudo haber sido durante los volantines del circo. No. No sé si fue en el circo donde perdí o si fue antes. O acaso haya sido después. Pero ahí fue donde comprendí que nada volvería a ser igual. Es ahí donde supe que no hace falta tener heridas para sangrar. Esa sangre que llegó como el torrente de un río, en cuya orilla ella había desembarcado sola. Es su barriga donde hubo aquellos dolores disfrazados de apendicitis. Es en su vestido donde quedará la mancha. A mí, jamás mancha alguna habrá de ensuciarme.

No sé si fue de pronto o poco a poco. No sé si fue consciente o inconsciente. Fue in instante largo tan breve.

Así, de repente, dejamos de reír, de jugar, de soñar juntas. Ya no tiene mi estatura y mis rulitos se alisan en su cabeza. Sólo ella conocía el secreto. Le bastaba pegar un salto y... simplemente crecer, en tanto que conmigo sucedía lo contrario. yo me hacía más y más pequeña. Disminuyo. Era cada vez menos.

Y un día me detuve sin saber por qué. Dejé de cumplir años y ella doce y después catorce y después me dolió verla transformada en señorita. Seguimos juntas, pero en dirección

contraria. Yo, congelada en la misma fecha, en el mismo verano, y ella atravesando un invierno y otro. No sé hacia dónde iba ni por qué llevaría esa prisa. Se alejaba y yo no podía hacer nada para evitarlo.

Habíamos llegado juntas sólo hasta aquí. Hasta este momento en que ella se va y yo me quedo. Desde entonces empezaré a existir sola, impar, incompleta, como una muñeca rota cuyos fragmentos se buscarán en vano para recomponerse. Y mi vida continuará semejante al reflejo de un farol sobre el agua. A un puntito de niñez, apenas a eso quedé finalmente reducida. Y así tendré que seguir, condenada a ser niña siempre, a esta soledad que me dolía cada instante un poco más, a este ensordecedor silencio.

Igual a mí misma todos los días de mi vida, todas las noches. Repitiéndome, viviendo lo ya vivido. Cuánto tiempo más puedo quedarme así, insoportablemente quieta, andando sin avanzar, consumida en mi propio amor que va en vano trato de compartir con alguien... Estoy cansada de ser un hueco ambulante, una ausencia. Estoy harta de ser niña. Por momentos, con gusto me moriría y no me muero y no me muero, sencillamente porque no me puedo morir antes que ella. Es la mujer quien deberá morir primero.

¿Tengo yo acaso la culpa de lo que ha pasado?, ¿de lo que aún me está pasando? ¿Podría haberlo impedido? No seguía siendo yo, yo misma y ella la intrusa?

Y hoy, ahora, la noche estaba aquí, rodeándonos, expectante, casi sin aire, concentrada en las doce de un Año Nuevo que debía de llegar muy pronto. También ella, la mujer, estaba allí, cada vez más alejada, y el esposo a su lado repitiéndole que no hay soldaditos muertos, que no eran balas, ninguna revolución, querida, sino festejos. – ¿Acaso se te ha olvidado que hoy es Año Nuevo?

Después la rodeó con sus brazos y así estuvieron mucho tiempo.

Algo más había cambiado, la advirtió de repente. Algo extraño que le abultaba el vientre y parecía darle toda la luz que le faltaba a mi penumbra: La mujer iba a tener un hijo... Un poco de ella, un poco de él.

Veo sus pataleos. Veo cómo vuelve, cómo se va, cómo vuelve otra vez, debajo de su vestido. Un niño doblado dentro de ella, apenas comenzando a vivir, que trataría luego de abrirse paso, buscando a tientas su camino al mundo. Se llamaría Pedro o Laura o tal vez llevaría mi nombre. Nuestro nombre. Y la impresión fue tan grande y yo me sentí tan pequeña que por un momento no supe quién era yo misma. Ni siquiera sé qué hacer conmigo. Es en ella, en su niño dormido donde quiero dormir. Es ahí también, en

ese abrigo donde quisiera estar. Bajo aquel amparo.

En algún lugar entre ese hombre y esa mujer había estado yo. Yo, sin edad, sin ninguna defensa, casi sin fuerzas. Lo último que me quedaba de él había sido ocupado.

Habría querido tener manos para apretarle el brazo, acariciarla apenas, pasándole despacito el dedo para percibir en mi piel aquella otra, palpitante y tierna. Habría querido tener voz para decirle que yo también estaba allí, que nunca me había ido, que la seguía queriendo mucho, mucho, casi tanto como empezaba quererlo al niño. Como lo necesito a ambos. Pero no puedo. Hago el intento, pero no puedo. La distancia para alcanzarla sería siempre infinita, igual que mi pequeñez.

La noche me corría sobre la cara al mismo tiempo que mis primeras lágrimas. Me echo a llorar sintiendo que mi cuerpo todo llora conmigo. Ya no me queda nada por hacer aquí. Tengo que irme, dejarme ir hacia atrás, hacia mi único refugio, hasta el punto aquel donde ella me está esperando. Donde somos todavía muy niñas.

Y entonces lo vi todo de nuevo. Me veo en una mañana temprano. Veo aún las paredes del colegio, un portón de rejas por el que in microbio, que soy yo, sale corriendo. Hay tiros por todas partes. Parecían estar cayendo de un cielo que a esa hora, no tenía aún ninguna arruga. Mi papá, con el color de mi guardapolvo, dijo nada más:

Pronto, date prisa. Sube al auto.

Aquello me pareció al principio, más que una revolución, una fiesta de año nuevo que se hubiera equivocado de fecha y de lugar. Porque, ¿a quién se le ocurriría festejarlo en día y en pleno invierno y con tantas caras de viernes santo? Y luego, poco a poco, sin comprender comprendí, que algo casi tan grave como la muerte estaba ocurriendo.

Todavía permanece la confusión frente a mis ojos. Gentes que asomaban a las esquinas como desorientadas, disparando hacia la derecha, otras hacia la izquierda, olvidadas seguramente hasta de la dirección de sus casas. En aquel momento era algo así como sálvese quien pueda.

La puerta se cerró y el auto comenzó a rodar a toda bala, y todo el tiempo teniendo que pegar mi cara al suelo.

- ¿Por qué, papá, debo viajar así?
- Porque sí

El empedrado de las calles me parece cercano cual si fuera caminando con la cara.

Nunca había visto una revolución. Tampoco lograba entender si éramos nosotros los perseguidos o si nosotros perseguíamos a alguien. Pero sentía el peligro. Podía interpretar los largos silencios, las frases a medias, la falta de risas.

¿Qué pasó en aquellos días? Nos pasó de todo sin que nos pasara nada. Llovió, escampo y también llovieron balas perdidas. Sufrimos mucho, rezamos todavía más, por momentos, demasiado, ante imágenes ahumadas por tanta vela de sebo, y vivimos tan encerrados como las carmelitas descalzas.

Tengo la sensación de haber vivido aquello como un instante muerto, sin mañana alguno, casi sin cielo. Dormir poco, comer mal y estar el santo día allí metidos, como si nos hubieran cosido a la casa, a las paredes, al mismo suelo, era lo único que se podía hacer. A veces hacíamos que jugábamos, que no es lo mismo que jugar de veras.

Todas las horas eran tan iguales, tan parecidas, que de haber sido personas, habrían sido gemelas. Y entre todas formaban un día único, inacabable. Eran tan largos aquellos días, que casi siempre los perdíamos de vista antes de que ellos desaparecieran.

Los sábados dejaron de ser sábados y no hay por qué recordar que el domingo es domingo. Nunca es lunes o viernes. No es mayo ni julio. Podían ser las dos o las siete. Tota, ¿qué diferencia había?

Siempre hay delante una muralla, el miedo siempre, paredes por todas partes. Me hubiera gustado tanto derribarlas de un soplo y dejar que entrase la vida, el sol, esa felicidad a la que el miedo le había negado la entrada.

- ¿Qué pasa mamá, papá?
- Nada.

Pero las cosas no estaban como si no estuvieran pasando nada. ¿Cuándo volveríamos a ser niños? ¿Cuándo podremos volver a la plaza?

No ahora. No mañana. No en los próximos meses. Sino después. Más adelante. El mes que viene. Algún día. Acaso más nunca.

Es tan ancho el cielo que se ve desde la plaza, que ni con mil miradas llegaría nadie a abarcarlo entero. Eran tan altos sus árboles para mi altura de seis años. Me sentía como desnuda sin sus azules y sus verdes, con esa desesperada desnudez de los sueños, cuando me veo pasear en bombacha por la nave central de la iglesia, justo en el momento de la elevación, perseguida por el murmullo desaprobador de toda la concurrencia...

Y todavía no comprendo a veces cómo una niña puede no morir de tanto encierro.

Durante el día alternaban los tiros y los silencios. Después del tiroteo largo venían los largos silencios. Esos espacios vacíos durante los cuales no ocurría nada más que el paso del miedo. Esa violenta quietud de la casa que la hacía vibrar de incertidumbre. Esa especie de muerte que parecía afectar todas las cosas. Escuchar esos

silencios me daba todavía más miedo que escuchar los tiros.

Las comidas duraban poco porque había, tan poco que nos alcanzaba apenas para sobrevivir. Pero se conversaba mucho: de cuando hubiera paz, cuando todo pasara, de la esperanza, siempre.

Hubo días en los que también escaseó el agua. Y en algún momento, cuando se acabaron los porotos y todavía no se nos había acabado el hambre, hubo que buscar otra cosa para distraerla, algo que pareciera comida aunque no lo fuera: agua pura con pretensiones de sopa donde flotaban, desanimados, unos pocos fideítos. Entonces a todos nos crecieron ojos y orejas, porque se nos adelgazaron las caras, y el estar más flacos nos hacía parecer también más altos. Había que ver lo grande y lo corta que nos quedaba la ropa.

Y así, poco a poco, angustia tras angustia nos fuimos convirtiendo en nuestras propias sombras. ¿Podía ser mi papá aquella figura de repente envejecida que daba vueltas por la casa agachando de tal modo la cabeza, que se diría iba tomando la medida a cada baldosa? O a veces se hundía en una hamaca y en acaloradas discusiones sólo Dios sabe con quién, porque a su alrededor no había nadie.

Mi mamá arrugaba la frente cuando pasaba revista provisiones: poca yerba, arroz, muy poco, azúcar y fideos, nada. Entonces rezaba mucho, suplicando, seguramente, por un nuevo milagro

de panes, con nuestras vocecitas haciéndole coro. Todas las oraciones habidas y por haber, incluso las inventadas por ella, seguidas del repertorio completo de jaculatorias. Después, ya casi sin aire, se callaba para enseguida volver a comenzar de nuevo.

Y mi abuelita sin hacer ningún comentario, quedaba mirando el jardín con esa mirada ausente que me hacía creer que estaba muerta.

A ratos me imagino que ni los tranvías deben seguir andando, ni los cines, ni los parques diversiones. ¿Para quién, si no había más gente?

Quiero averiguar cuánto tarda una revolución la verdad yo no tengo carácter para vivir años sentada, pero me vuelvo impertinente, dice mi padre. Cuántas veces hay que dormir y despertarse y despertarse a veces sin haber dormido, escuchando desde la oscuridad los chimentos de aquella radio medio tartamuda que cada dos por tres se atoraba, a atentos a los pasos de los soldados, yendo y viniendo por la calle oscura, por esa boca de lobo que come a Caperucita.

Eso es lo que todavía no entiendo: que la gente pelee por pelear. Semejantes grandulones armando lío por unos cuantos colores. ¿Qué les habrán hecho los colorados a los azules y a los verdes? Y lo que me explicó mi papá para que comprendiera, todavía comprendo menos: que para que algunos vivan tranquilos otros tienen que pelear. ¿Quiere decir entonces que para que haya

paz debe haber guerra? ¿No se habrá vuelto loca la gente? No sé, pero muy cuerda no parece estar.

A ratos, sin embargo, me olvidaba de la guerra. No por mucho tiempo, algunos minutos solamente. A veces hasta media hora seguida. Nunca más, porque repetidamente comenzaban aquellos aviones a pelear en el cielo. Era muy lindo ver caminar el humo que arrojaban contra aquel techo sin fondo de color celeste, tironeado de aquí para allá por el viento. Y más allá se lo veía aún enrollarse sobre sí mismo, para volver a desenrollarse después. Pero también me daba miedo de que en lugar del humo, arrojaran bombas. En esto de colorados y azules lo mejor es no meterse. Ya tenemos bastante con nuestras propias peleas.

La noche nos encerraba al mismo tiempo sus primeras estrellas, entonces, tirados en el suelo porque para cubrirnos de las balas nuestros colchones dormían contra las aberturas, caíamos en sueños tristes y oscuros ya que ni siquiera los alumbraba el resplandor que a veces de el reverberar de la luna, por donde veíamos pasar las heridas, mujeres llamando a sus hijos, la cara muerta del soldadito, por todas partes su llanto.

Siempre creyendo que al despertar ya no habría más revolución afuera. Siempre esperando que el próximo día fuera el último. Pero se alarga siempre. No se termina. Eran los tiros los que mataban nuestras ilusiones cada mañana. Estamos condenados a soportarla hasta cuando Dios quiera

¿Cuánto hace que estoy aquí? Aquí tan cerca que hubiera bastado alargar los brazos para tocarla, y tan lejos, en un mundo que ya no me pertenecía. Donde no era mi casa pero estaba ella. Ella. No la de aquella primera vida que compartimos juntas, no la niña que había sido, sino la que fue después. Esta mujer cuya vida me es ahora tan ajena como la de cualquier extraña.

¿Se acordaría que jugamos a lo mismo durante años? ¿De cuando tuvimos paperas? ¿O del susto aquel que nos hizo tragar un clavo? ¿Y de tantas noches sin dormir por culpa del asma? De todas las pequeñas cosas que tejieron nuestra infancia, ¿se acordaría?

No podía creerlo y, sien embargo, el hecho estaba allí, allí donde estaban los dos: ella, él, formando una pareja feliz, algo que yo no tengo derecho a compartir. Una vez más me quedo afuera, sin espacio. De alguna manera mi existir ha sido siempre así: llegar demasiado tarde o inclusive no llegar.

En su nueva vida de mujer entera existe ahora un hombre, ese niño tan a punto de nacer que ya sabía moverse. Se mueve. No deja de tironearla el vestido.

¡Qué lejos me había quedado de ella! ¿Cómo ganar de un tirón tanto terreno perdido?

Cualquier gesto sería inútil, lo sé muy bien. Aunque trate de engañarme soy algo que nadie ve ni escucha, un soplo de viento, apenas un sueño o a veces, nada.

Entonces hago el único esfuerzo para el que me siento capaz: busco el rincón más oscuro y apartado donde agazaparme y mirar. Ahora no puedo hacer más que mirar. Al menos eso me procura la ilusión de que todavía existo.

Aquí también es Año Nuevo. Todo parecía estar listo para recibir el momento solemne. El tan esperado instante de las doce en punto en que, ante la incredulidad de nuestros ojos, el año viejo se transformaba en nuevo. Si. Un año nacía y el otro iba a morir entre las dos puntas de una misma noche. ¡Qué maravilla!

Un poco más allá había otra noche, donde con ella contábamos esos minutos preciosos. Otra noche como está, recién nacida, en cuya cielo brillaba aquella estrella de la que sólo mi papá conocía el nombre.

A nuestro alrededor hay olores que hablan de fiesta: flor de coco, sandías, melones. Muchos globitos guiñando luces en lo alto del pesebre. Lechones que parecen dormidos tienen sonrisas de piña en la boca. Seis niños con el rostro iluminado aguardando sus regalos desde una impresionante hilera de zapatos. Mi madre por todas partes.

Es tan fuerte el clericó, que por poco me hace vomitar al principio. Pero después, sentir cosquilla me gusta. Y otro poco después me

pareció que mi cuerpo se me mecía, se mecía dulce mente como si estuviera en una cuna. Y hasta la tierra se me puso a brincar de repente. ¿Estaría siendo atacado por el baile de san vito? Todos marea conmigo. ¡Qué malestar agradable! No hay nada más divertido que estar donde mi papá me dijo que estaba: entre San Juan y Mendoza. Porque desde allí se podía ver de revés al mundo.

El reloj tiene instante, un lugarcito apenas donde las dos agujas se juntan, y a partir de allí todo empezará de nuevo para todo el mundo. Todo excepto yo.

Es entonces cuando canta el reloj. Va desgranando las horas sobre el aire como si fueran maíces.

¿Cuántos maíces? Uno. Tres. Siete. Doce. Son las doce en punto. Hay una explosión de tiros y de cohetes llegando de todas partes, de todas las noches acercándose a través del viento, de un abrazo, un éxito, de esas “felicidades” intercambiadas de un extremo al otro del planeta, hasta llegar aquí. El mismo olor fuerte a bombitas, el mismo largo beso que miles de bocas repiten, una copa de champagne que la mujer apenas bebe. Sólo se ha mojado el borde de los labios. No puede. Y el esposo le dice: ¡vamos!, tienes que tomarlo. Te hará bien. Ya lo verás.

Y de pronto, en un gemido, veo cómo la invade el miedo. Veo cómo se apodera de sus ojos, de su felicidad, hasta del rinconcito aquel donde dormitaba el niño. Otra vez el miedo.

Nuestro miedo llegando desde otro tiempo, desde todo lo que él nunca comprendería.

– Pero, ¿qué te pasa?

– Es un grito. Son los tiros. Debe ser el soldadito muerto.

– Son cosas tuyas, querida. Las mujeres en estado siempre están imaginando cosas. Es natural que haya tiros en Año Nuevo. ¿O acaso te sientes mal?

Pero ella apenas le contestaba porque él apenas la comprendía.

¿Acaso alguna vez le habló de mí, de nosotras? Tal vez si lo hubiera hecho, él sabría ahora de lo que son capaces los miedos. Eran cosas de las que él se encontraba demasiado lejos. No tenía acceso. Sólo yo conozco la historia. Aquello era también mi secreto.

Si pudiera arrancarle el dolor de esos recuerdos, pero no tengo manos y soy yo misma quien se los ha traído. Yo, quien la asaltaba. Yo, quien le impedía el olvido. Me siento tan culpable por eso.

Lentamente los tiros se fueron acallando hasta ser otra vez silencio. Y el hombre quedó allí, inclinándose sobre ella sin saber qué hacer, o acaso sabiendo lo inútil de cualquier consuelo.

No hago más que pensar en ese hombre. No hago más que mirarlo. No demasiado alto, aunque sí muy hombre. Ligeramente moreno. Nunca creí que ella supiera elegir tan bien. Ojala pudiera tener un marido así, para mí solita. Lo veo abrir la heladera y cerrarla otra vez sin extraer nada de ella.

¿Desde cuándo comenzó a andar a su lado?
¿Quién es él que de pronto me conmueve cuando lo escucho pronunciar mi nombre? Aquel diminuto usado solamente por papá para llamarnos. Es a mí a quien llamaba. Es mi nombre el que repite una y otra vez, muy quedo, casi secreto, con esa voz ronca tan dulce al mismo tiempo que me estaba erizando entera.

No sabría decir por qué, pero todo en aquel señor me gustaba. Sus ojos buenos, casi transparentes de tan claros. Tenían para mí algo del mirar azul de Jesucristo.

Las manos grandes. En una sola de ella se perderían las dos mías. Manos de hombre. Me encantó cuando se fueron resbalando despacito hasta posarse sobre la panza, para compartir ellas también los empujones del niño.

Noto se preocupación. Veo buscarle ansiosamente la mirada que, sin embargo, no habrá de encontrar porque ya no está aquí. Ella se le ha llevado lejos, hacia nosotras. Y aquel mirar

de él tan desde el fondo era como decir: vuelve querida, te quiero.

No recuerdo haberle dicho te quiero a nadie. Sin poderlo evitar cerré los ojos, sintiendo un fuerte tirón dentro del pecho, seguido de algo que nunca antes había sentido: un deseo incontrolable de escucharle llamar querida por él. Y luego le pedería que repitiera una y otra y mil veces más esa palabra.

¡Qué extraño magnetismo poseía aquel hombre, por Dios! ¿Acaso era la primera vez que miraba uno? Era un hombre como cualquier otro, como tantos otros y sin embargo tenía un no sé qué distinto, algo indefinible, una especie de perfume anestesia que me daba sueño, que aflojaban a una los tornillos.

Lo miro largamente, con la boca abierta, con la noche iluminada al fondo, sin atreverme a desviar la mirada por temor de que este algo tan impreciso y dulce se rompa. ¡Hace tanto bien sentirse hechizada!

Me gusta su forma de rodearla con los brazos. Creí sentirme yo también dentro de ellos, en el fondo de su ternura. Esa forma no demasiado fuerte de apretarla, como no queriendo lastimar al niño, y hasta su forma de callar me gustan. Y a hasta sentir vergüenza de que me guste me gusta. Me gusta. Irremediablemente me gusta.

Y ni siquiera sé su nombre, ni en qué trabaja, ni si también es olímpista, ni nada. Nada más que es su esposo y el tipo de esposo que a mí

me hubiera encantado tener, y que ahora mismo debo luchar contra este impulso incontenible de correr hacia él, abrazarlo y hundirle boca y nariz entre la barba, sin escuchar las voces que me habrían de gritar: ¡Cuidado!, que no es correcto besar a extraños.

¿Cómo será un beso? ¿Será como un helado de rico? ¿Vibraría yo despacito mientras él me estuviera besando? ¿Sentirían sus labios mi falta de dientes? ¿Cómo sería estar casada con él? Si yo pudiera sé que sería hermoso, pero no puedo. Yo no sirvo para casada y a lo mejor ni para tener novio siquiera. Lo más probable es que no sirva para nada. No, no estoy lista ni mucho menos. Ni dentro de mil años podría juntar fuerzas para el matrimonio. Además, no sé de hombres y tampoco he sido hecha para enamorarme. ¿Cómo podría hacerlo sin traicionar mi inocencia? Esta inocencia que de a ratos se me vuelve tan pesada como si cargara una catedral encima.

Que una mujer se casara con un hombre y después tuviera hijos, era cosa corriente. Sí, era cosa admitida siempre y cuando fuera una mujer. Pero que una niña sin los cuatros dientes delanteros se casara con un hombre casado, sería para escandalizar a cualquiera. Algo así como adulterio en primer grado o corrupción de menores con premeditada alevosía.

La cara de espanto que pondría mamá, y ni qué decir papá y mi abuela:

Eso no lo hace ninguna niña decente – dirían.

Pero, ¿y si lo hace? ¿Si la niña no es ninguna niña decente y lo hace? ¡Qué de inconvenientes tiene a veces ser decente!

Enseguida los vecinos empezarían a tejer comentarios, algunos hasta maliciosos. Y al final, ¿yo qué culpa tenía? Fue sin duda el demonio quien me trajo ese mal pensamiento que me atraía y me atraía a pesar de mi rechazo. Abro y cierro los ojos y una tras otra me devoro las uñas, como no queriendo creer lo que siento, pero queriéndolo también. Porque de pronto me nacían mil sonrisas, mil sensaciones parecidas a tibios escalofríos que me hacían largas caminatas desde los pies a la cabeza. Y todo el cuerpo se me agolpaba en el pecho. ¿Sería posible que me estuviera enamorando? Sí, creo que es eso. Desde hace un minuto lo quiero y ahora quiero casarme con él. Es lo que más quiero... Pero antes necesitaba ser grande, tener el pelo cortito, tacos altos, ese aire medio ingenuo medio descarado y pintarme las rayitas negras que alargaban los ojos. Sólo para que él se fijara en mí.

¿Qué pensaría ella de mí si lo supiera? Claro que me odiaría al saberme capaz de robarle fraudulentamente el marido. Y después de todo, ¿por qué no iba a poder quererlo? ¿Por qué no he de pensar ahora en mí? Ya bastante anduve sola. No. No tengo por qué renunciar a él tampoco quiero. Además a mí me parece que lo más salomónico sería compartirlo: la mitad para cada

una. Al fin y al cabo, ¿acaso ella no era yo? ¿Yo?... Bueno, al menos lo había sido alguna vez, al principio. Entonces él era también un poco mío. Y aunque estuviera casado con ella, estaba también casi casado conmigo. ¿Es que pretendía sacarme el marido a mí misma? ¡Dónde se ha visto!

Era absurdo, lo sé, lo reconozco. Sé que dentro de doce meses o de doce años seguiré siendo una niña. Sufriría mil muertes y lo seguiría siendo. Pero, ¿a quién le perjudica que yo sueñe? El soñar no cuesta nada y consuela tanto. Y entonces, con los ojos bien apretados me dispongo a soñar; los sueño esperándome en el banco de una plaza. Está aguardando a que me haga mujer. Toda una mujer. Y un buen día va a tomarme dulcemente del brazo. Me daría vuelta y sería él, él, él. –Me he retrasado un poco – le diría–, porque primero he tenido que crecer.

¡Qué sueños más loco! ¡Qué maravillosa locura!

Lo malo fue que al abrir los ojos no encontré a nadie a mi lado, y al amanecer fue una soledad inmensa, porque amanecía ya del otro patio. Parecía que todo hubiera sido pura invención mía. Pero las sillas seguían allí, las copas, la comida... ¡Qué ancho se hizo de pronto el silencio! ¡Qué cruel puede ser la primera luz del día cuando alumbra el desamparo en la cara de una niña! Y empiezo a sentir que ya nada tiene sentido aquí, que se acabó mi cielo. Entonces me

voy... Regreso de nuevo al vacío, a mi vagar sin rumbo. Silenciosamente me voy.

VIII

¿Cuántos silencios más hubo después?
¿Cuántos espacios vacíos? ¿Acaso se pueden contar los silencios? ¿Por qué tantas cruces en los espacios vacíos?

Y yo, ajena a todo. Sin despedirme de papá, sin haberle dicho hasta luego.

Ignorando que mucho antes de su final, una aureola blanca había oscurecido para siempre su mirada. Esa mirada que a pesar de todo se mantendría tercamente abierta, como si su ceguera espicara entre los párpados un mundo ya vacío de colores y de formas.

¿Acaso podía terminarse mi padre? ¿Se derrumban acaso las montañas?

Con los años he tenido habituándome a considerarlo algo ideal, inacabable, casi eterno. La palabra morir suena tan fría, tan lejos de su vitalidad, que pasa a su lado sin rozarla siquiera.

No. No habría muerte capaz de apagar en sus pupilas aquella luz que miraba tan ancho y desde tan profundo. Quisiera creer que no es cierto. Debo seguir fingiendo que él esta vivo, que volverá en cualquier momento. Su llave vendría de nuevo a abrir la puerta y no tardaría el pasillo en repetir sus pasos.

Donde yo vaya lo llevaré conmigo. En mis oídos, cuando alguna vez escuche los acordes de un piano. Lo llevaré en mi cara, en el gesto que hago de repente, en cierta mueca que me devuelve a él. En ese grito suyo que de tanto haberlo oído, mi pecho ha transformado en eco.

No. No debería llorar pero lloraba. Lloro mientras me aferro a su ausencia. Busco cobijo en los pechos de mi madre. Busco acallar mi dolor en el arrullo de Rita. Pero también Rita ha pasado a formar parte del silencio. Y a mamá, esa mezcla dulce de mujer y niña que casi he visto crecer conmigo, a mi ternura de cada día, se le pusieron irremediabilmente grises los cabellos.

Entonces después, en la soledad de tantos instantes rotos, de tantas cosas perdidas, me vino la nostalgia de ella, y a la hora del atardecer sentiré otra vez la necesidad de buscarla.

¿Cuántos años había vivido sin verla?
¿Hasta dónde tendría que extender mi fatiga para encontrar su olvido? Debo haber caminado tantos caminos sin llegar a ninguna parte, que ya no tengo fuerzas para más.

Y mis pies se han detenido de pronto, como si alguien tironeara de ellos, como si mi meta hubiera sido ese jardín de verdores dispersos.

¿Qué me impulso a volver tan de repente y después de tanta ausencia?

Acaso la certeza de saber que es ella lo único que tengo, este sentir que debemos apurar

nuestro reencuentro, porque el tiempo se nos va, ahora mismo se está yendo.

Habíamos nacido el mismo día. Habíamos salido las dos del mismo sitio. Lo lógico sería entonces morir dentro del pecho con el que he nacido. Sí, necesito hallarla antes de que expire el plazo, antes de que se haga muy noche, para recorrer con ella ese trecho de luz que todavía nos queda.

Por eso estoy aquí. Por eso he traspuesto este umbral sin que nadie me lo haya autorizado. Y entro. Y a pesar de que el corazón empieza a correrme rápido, casi vertiginosamente, mis pasos y yo nos deslíamos apenas, despacito, como si quisiéramos ir absorbiendo a cuentagotas, la luz, los cuadros, varios libros desparramados en la amarilla pereza de la alfombra, una foto de mí misma sonriéndome tras el verano del vidrio. La prolija felicidad de cada rincón. No parecía haber nadie. Nadie más que un sol cansado arrancando pecas doradas al crema de las paredes.

Afuera era todavía invierno. Debajo del precario delantal mis piernas eran dos temblores. Pero aquí seguía siendo verano. Algo había aquí, un no sé qué calentito que me transmitía vida. ¿Sería la dicha?

Busco el hueco más oscuro de una puerta, donde me acurruco para esperarla. Así me estuve largo rato, inmóvil, sólo esperando. Al cabo de un pasillo, un amplio ventanal dejaba entrar un poco del atardecer y a veces, un viento fresco que me tocaba el pelo.

Supongo que en algún momento, me dormí esperando, porque de repente alguien encendió una lámpara y quedé envuelta en el resplandor suave mágicamente ensanchaba aquel lugar escondido, y minutos después percibí unos pasos que ensancharon mis esperanzas. Todo mi cuerpo la siente acercarse. Mi sangre toda me dice que está aquí. Quiero convencerme de que es ella, el objetivo final de mi larga búsqueda, decirme que sí, que sigue siendo la misma. Pero al verla, sólo tuve la impresión de estar viendo el recuerdo confuso de algo olvidado hacía mucho tiempo. No. No era posible que aquella imagen fuera la mía, que fueran míos aquellos ojos. Además, era yo tan pequeña y la miraba desde tan abajo, desde la perspectiva de una hormiga. Estaba al otro lado, aquí cerquita y, sin embargo inmensamente distante. Separada de mí por una cantidad inescrutable de años.

¡Qué lejos me había quedado de ella! ¡Qué grandes se hizo el espacio que el tiempo había abierto entre ambas!

La miro y la vuelvo a mirar. Miro ese rostro en donde cada risa, cada color, cada espera, cada hora vivida han dejado testimonio de presencia. Un leve rastro de sol todavía daba luz a sus mejillas, dispersando los años de los ojos. Unos ojos marrón claro o dorado o amarillos que se habían mantenido jóvenes en medio de las primeras arrugas.

Desde aquella última vez que nos vimos habían pasado multitud de cosas, pero sobre todo

había pasado la vida, a tal punto que ahora ella tiene el pelo teñido, tres hijos grandes y es abuela. Quizá, hasta podría ser también mi abuela... y sin embargo, es ella, soy yo. Yo, conteniéndome estas ganas de llorar que tengo, de asomarme a sus ojos para que me vea, de gritarle: ¡Aquí estoy! ¡He vuelto!

Y aunque lo hubiera hecho, ¿qué habría ganado?, si mi voz nunca alcanzaría a sonar en ninguna parte, si luego iría a perderse en mi propio sueño.

Pero no me importa ser un sueño, ni esta niña trepada sobre el sofá, con las piernas lastimadas y la nariz sucia de barro. Sólo me importa que ella esté a mi alcance. Me importa haberme descubierto de repente en su mirada, al fondo de aquellos ojos donde una niña como yo me estaba mirando. Me importa que exista algo, más allá de nuestro alejamiento, uniéndonos todavía.

Fue entonces cuando comprendí que me quedaría, aunque ella ignore yo existo, aunque no me viese nunca, me quedaría, mañana y los otros días. Siempre.

Oigo las voces separadas, mezcladas, superpuestas. También oigo los balbuceos del nieto. Y luego el ruido de la maquina de escribir era lo único que se oía.

Cada mañana, cada tarde, cada noche escuchaba y volvía a escuchar el teclear frenético. Porque está claro que ahora ella escribe, con tal fervor, como si esa hubiera sido la única forma de mantenerse viva.

Bajo sus dedos caen y se levantan las teclas, y el ruido que se hacen al caer me recuerda a un lloriqueo, como si al sentirse oprimidas se quejaran estampando sobre el papel su renegrido lamento.

La tengo frente a mí. La veo equivocarse a veces, borrando, llenando canastos de papeles. Por momentos se detenía un instante, como si le estuviera faltando una palabra que no encuentra. Entonces fuma; relee lo ya escrito en voz alta para escucharse. Tras un suspiro se levanta y encerrándose la cara entre las manos, camina, da vueltas. Hay un silencio que le impide el paso, una barrera que le bloquea la mente. Sufre. Vuelve a sentarse inclinando un poco la cabeza, como recogiendo datos del fondo de sus recuerdos. De pronto parece haberla encontrado. Sonríe. La tan buscada palabra está allí; ha salido a flote, porque de inmediato prosigue, ahora ya sin interrupciones.

¿Quién le soplará lo que escribe? ¿De dónde saldrá la voz que le está dictando?

Y los ojos tras los anteojos reflejando una luz cansada y un cigarrillo tras otro entre los labios. Era algo así como una conversión, como haber descubierto de pronto que había algo más por qué vivir.

Como una vocación traída desde hacía mucho tiempo y por mucho tiempo contenida, que no soltó de la mano sino después de que los hijos crecieron. El desahogo de una mano.

En algún momento avanzará la noche hasta cubrir el día. Todos los ruidos guardarán silencio. Todo dormirá menos sus manos.

Ella está muda pero sus manos hablan. A veces las veo cuando sonríen, cuando se tensan estremecidas como si estuvieran en trance de parto, incluso cuando viajan. Porque escribir es hacer también un viaje, recorrer regiones que no se alcanzan sino de esa manera. Los recuerdos se han ido desperdigando por tantos sitios, que ella tiene que viajar para encontrarlos, salirse hacia dentro de sí misma, para hacerlos salir de sus escondites.

Nunca se me había ocurrido pensar que ella escribiera. Lástima que no haya comenzado antes, así no estaría ahora empeñada en esta lucha contra el reloj que no le da tregua.

Aún estoy ahí, viéndola, sin moverme del lugar aquel hasta donde no llegaba el resplandor de la lámpara, hasta donde sólo llega el golpeteo

tartamudo, que algunas veces servía también para arrullarme el sueño.

Quiero averiguar qué tanto escribe, porque no se despega de la silla, mientras se amontonan palabras sobre las hojas y éstas se amontonan sobre una mesa. Atrapada en un rincón mi curiosidad era infinita, pero al mismo tiempo me conmovía su resistencia, me asombra su capacidad para sobrevivir casi sin comer, casi sin dormir, y algo ya más peligroso: casi sin hacerle caso al marido:

– ¿Todavía no vas a almorzar? ¿ No te acostará todavía?

Y ella negaba siempre con la cabeza:

– No, mientras no termine este capítulo.

Inconsciente del transcurso del tiempo. No hablando sino con las palabras escritas. ¿Se estaría volviendo un poco loca?

Todos aguardando inquietos no sabíamos qué, pero era seguro que algo tenía que suceder. Tarde o temprano.

Y un día cualquiera, repentinamente, enmudecieron las teclas y todo el silencio de la casa pareció concentrarse en torno de aquella máquina. Ahora mi afán era llegar hasta el trabajo terminado, que ella había puesto sobre una mesa. Impaciente esperé y esperé que nadie estuviera cerca. Entre el papel y mis manos se estacionó una frase como una nube. Una nube que de pronto comenzó a moverse. LA NIÑA QUE PERDÍ EN EL CIRCO.

Más que leer fui devorando aquello, como quien busca descubrir el secreto de algún tesoro escondido.

Eran letras, palabras y frases que hablaban de mí, tenían que ver conmigo y que luego, poco a poco se fueron deslizando a lo ancho de todo el papel, enhebrando retazos de infancia, soldando mis fragmentos rotos para reconstruir mi historia. Acaso la de muchas niñas.

Y conforme iba leyendo, me daba la impresión de hundirme con lentitud en cada palabra, de ser arrastrada por ella hacia atrás en el tiempo, muy lejos, enredándome más y más hasta quedar presa en aquella red de miniaturas negras.

A cada instante percibido que algo ha brotado y brota vigorosamente. Un corazón más grande que mi propio cuerpo, que me invade y me sacude como si quisiera derrumbar mis padres y prolongarse afuera. Aquí, muy cerca de esta alegría, en medio de este tumulto, aquí debe estar la vida. Esta emoción significa vivir. Este calor que de pronto me atraviesa es el amor.

Pero ya no puedo detenerme ahora. Necesito seguir adelante encontrar una salida. Abriéndome paso entre las palabras, sigo creciendo hasta estallar en mil estrellas. Y entonces dejo de ser un sueño. Mis contornos se dibujan, todo va tomando color. El mundo

empieza de nuevo y me parece que es mi cuerpo el que está naciendo.

El papel ya no puede contenerme; me desbordo a cada instante. Por el pequeño espacio que dejan dos letras deslizo un pie primero, después el otro y salgo, salgo para que la vida y el sol y el aire me aprieten de más cerca. Y es entonces cuando repentinamente la veo.

Vejo emerger a una niña que se me parecía en todo. Veo brillarle el pelo rubio, alborotado, después la sonrisa. Es a ella a quien estoy viendo. Sí, es ella. Es la mujer quien de repente me habita. Su respiración la que me late en el pecho. Mis ojos los que miran a través de sus pupilas. Veré entre sus pestañas salir el sol y juntaremos las manos para recogerlo. Somos de nuevo nosotras.

De pronto apareció una luz aquí y otra más lejos, y el camino entero se llenó de luces. Ahí están todos mis momentos, todos mis seres queridos. Papá, mamá y la media docena de hijos apretados contra ellos. Entonces no los perdí. Son incorruptiblemente míos. Algo más lejos me parece divisar también a Rita, y a mi abuela con sus plagueos, porque sin ellos, dejaría de ser mi abuela. Todas las cosas tal como habían sido.

Tomadas de la mano y los ojos muy abiertos, recorrimos aquellos lugares tantas veces recorridos. El sol, que almidona nuestros delantales, detrás; las dos persiguiendo al viento. Más arriba, varios tonos de azules se han reunido para formar el cielo, un cielo hondo que lleva en

procesión sus nubes y, más abajo, entre esas calles tibias con olor a río, estaba esperándome la casa, mi vieja casa todavía de pie, algo achacosa la pobre, carcomidas de tiempo sus ventanas y puertas, pero abiertas, de par en par abiertas para darme la bienvenida. Me invita a pasar. Me recibe con su olor de jazmines. Entrar en la casa donde había nacido, donde yo imaginé que viviría siempre, recorrer otra vez sus rincones, aspirar aquel tufo querido que han guardado para mí sus paredes, fue algo así como ingresar al cielo. Es tan escaso, tan poco el cielo que se ve desde mi patio. Pero no me importa, con eso me conformo. Eso me basta para sentirlo mío. De pronto quiero ser una estrella, pero quedaba tan lejos ser una estrella, que prefiero ser la luna cuando toca el mosquitero. Aquí y allá me salían al encuentro los zaguanes, las esquinas, mi plaza, un tranvía, los miles de olores que habían crecido conmigo. Cada arbolito que nos pasaba cerca, parecía estar sonriendo al que tenía enfrente. Todo era ligero y fresco, nuevo como la mañana, puro, recién nacido. Pero esta vez no nací de mi madre sino de las entrañas de un libro. Su primer libro. Allí encontré mis raíces, mi alimento, mi pequeña ración de vida. Ella tuvo que escribirlo, tuvo que abrirse, pujar desde su oscuridad para que yo saliera a la luz. Es la mujer quien me ha devuelto a la vida. Por ella existo.

Sentí que un llanto calentito me lavaba los ojos, limpiándome la soledad, cicatrizándome las

tristezas. Y me preparo entonces para concluir mi historia. Por primera vez podía dialogar con ella:

¿No me ves? —le pregunté en voz muy queda. Y su voz me respondió:

— ¿Dónde te encuentras?

— Aquí, en tu casa, reflejada en el espejo.

A la tenue luz de un farol la puedo ver de repente, pálida, sonriéndome a través de sus lágrimas. Por un instante permanecemos calladas. Después ella dice:

No te muevas. Por favor, no te muevas. A pesar de todo lo que sufrimos juntas, quisiera tenerte en los ojos por el resto de mi vida.

Y yo me escucho decirle:

Estoy de vuelta y esta vez es para siempre.

Entonces ya no hubo ningún cristal entre nosotras, no hubo ya distancia, porque de pronto ella bajó la cabeza, la bajó mucho, hasta encontrar mi altura, hasta que su beso alcanzó mi frente. Y todo se redujo a ese instante, sólo a ese contacto.

—Es ella —susurró—. Es mi niña.

Y me pareció que su sonrisa se hacía más dulce, más ancha, más profunda y se abría dentro de mi propia sonrisa.

TALLER LITERARIO

ESTHER GONZÁLEZ DE PALACIOS

GÉNERO: Narrativo
ESPECIE: Novela

AUTOR: RAQUEL SAGUIER
OBRA: “LA NIÑA QUE PERDÍ EN EL CIRCO”

PROPUESTAS DE TRABAJO

Antes de implementar las propuestas de trabajo es imprescindible la lectura de toda la obra, con el fin de captar los aspectos formales y de contenido, y de obtener el mensaje estético.

1. Explicar el significado de los adjetivos “fragmentada” y “entera” considerados en el contexto del primer párrafo. Unificar luego ambos conceptos en una interpretación plástica (dibujo, modelado, pintura, “collage”).

2. Clasificar las siguientes imágenes sensoriales identificando el sentido aludido:
 - a) “me duele la culpa o el crepúsculo”;
 - b) “revolver rincones ocultos”;
 - c) “me hace un bien enorme escucharla reír”;
 - d) “de vez en cuando aprovechan la mínima rendija que les dejo abierta para salir”;
 - e) “me obligó a traer en los oídos el reloj que golpeó su madurez prematura”;
 - t) “me resultó de pronto tonta, intolerante y desabrida.

3. Aislar una comparación, una metáfora y una personificación en los dos primeros párrafos del segundo capítulo.

4. Encontrar en el segundo capítulo la secuencia de los veraneos en San Bernardino y confeccionar un inventario con todas las actividades de entretenimiento de la niña con sus hermanitos. El texto logrado puede ser reproducción textual o de contenido.

5. Investigar sobre la “Revolución del 47” en el Paraguay y producir:
 - a) un texto informativo;
 - b) una entrevista real o imaginaria con un testigo;
 - c) un comentario sobre el efecto producido por el suceso en la niña de la novela.

6. Relatar lo que sucede en el tercer capítulo, desde que la protagonista de la novela ingresa al “corredor prohibido”. Encontrar luego, para clasificar la experiencia, una entre las siguientes palabras propuestas:

a) realista; b) terrorífica; c) mágica; d) fantástica; e) cotidiana; f) misteriosa.

7. Detenerse en la tapa de la novela y reproducir algunas expresiones que en la obra digan con palabras lo que se puede apreciar en la fotografía.

8. Observar los dos retratos: el de la niña de la tapa y el de la mujer de la solapa del libro. Encontrar un elemento que comparten niña y mujer.

9. Reconocer el significado de la niña, única figura en color rosa en el contexto de horror de la película en blanco y negro “La Lista de Schindler”. Interpretar en qué sentido podemos relacionar su imagen con el núcleo temático de “La niña que perdí en el circo”.

10. Apreciar en la proyección de “El Portón de los Sueños”, del cineasta Hugo Gamarra, la imagen reiterativa de una niña. Producir una entrevista, real o imaginaria con el realizador de la película, focalizando a esa niña.

11. a) Leer “Carpincheros” en “El Trueno entre las Hojas”, de Augusto Roa Bastos. Copiar las impresiones de Gretchen acerca de “Los hombres de la luna”.
- b) Leer “La Tumba Viva” en “Madera Quemada”, de Ron Bastos. Aislar las reflexiones de Alicia.
- c) Rastrear en la novela algunas secuencias que posibiliten el registro de los aspectos que

rechazan respectivamente Gretchen, Alicia y la niña de Raquel.

12. Establecer un paralelismo entre las niñas de Spielberg (“La Lista de Schindler”), de Roa Bastos (“La Tumba Viva” y “Carpincheros”) de Hugo Gamarra (“El Portón de los Sueños”) y la niña de Raquel Saguier.

13. Escuchar “Muchacha Ojos de Papel” (Joan Manuel Serrat) y “De Niña a Mujer” (Julio Iglesias). Relacionar cada una de ellas con la novela de Saguier en un comentario.

14. Averiguar el significado de “sístole” y “diástole”. Descubrir qué aspecto de la técnica narrativa implementada por Raquel Saguier en esta obra puede calificarse con “sístole-diástole”. Valorar además su logro estilístico en la correspondencia con el núcleo temática de “La niña que perdí en el circo”.

15. Confeccionar un afiche de propaganda para promover la lectura de la novela.

16. Las siguientes son expresiones de “El Principito”, de Antoine De Saint Exupery:

— “bien puedo dedicar este libro al niño que una vez fue esta persona mayor. Todos los mayores han sido primero niños. Pero pocos lo recuerdan” (Dedicatoria).

— “Los niños tienen que ser muy indulgentes con los mayores” (Dedicatoria).

— “Si me domesticas, nos necesitaremos el uno al otro. Serás para mi único en el mundo. Seré para ti único en el mundo” (Cap. XX).

— “Este es mi secreto. Es muy sencillo: Sólo se ve bien con los ojos del corazón. Lo esencial es invisible a los ojos” (Cap. XXI).

Consignar, al lado de cada uno de los enunciados precedentes, expresiones de “La niña que perdí en el circo”, con las que pueda establecerse relación.

17. Encontrar en la novela dos espacios narrativos en los que aparece este mismo ruego: “Por favor, no te muevas. A pesar de todo lo que sufrimos juntas, quisiera tenerte en los ojos por el resto de mi vida”. Homologar ambas situaciones.

18. Examinar la última secuencia del primer capítulo y relacionarla con la última página de la obra. Lograr un texto que describa ambas partes y que refleje, no solamente los puntos de contacto, sino también su significado y emoción.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de junio de 2003
en los talleres gráficos de la
EDITORA LITOCOLOR SRL
Cap. Figari 1115 – Telefax: 213 691 – 203 741
Asunción - Paraguay